

Tea 1-9-12, a 1

ZAVALA y ZAMORA, Gaspar

Las víctimas del Amor, Ana y
Sindham, Comedia en 3 actos

1 op. impreso [s.l.: sn., s.a.]

36 p., [3] h. ms

Libro B.V.

N 16

Las Víctimas del Amor

Tea 1-9-12, a.1

Aprto 2.º

Dia 1.º de Oct.º de 1805,

El Secretario.

mañana del corriente mes de de este presente año
178 á las
Lo que participo á Vm. para que se sirva asistir, como es de
obligacion.
A Congregacion del Santo Rosario Cantado de nuestra Señora
de la NOVENA, sita en la calle de Jesus y Maria de esta Villa de
Madrid, propia de los Representantes del Reyno, tiene

AVE MARIA PURISIMA.
CEDULA PARA AVISAR A

CEDULA PARA AVISAR A
AVE MARIA PURISIMA.

LA Congregacion del Santo Rosario Cantado de nuestra Señora de la NOVENA, sita en la Calle de Jesus y Maria de esta Villa de Madrid, propia de los Representantes del Reyno, tiene

mañana del corriente mes de de este presente año
de 178 á las

Lo que participo á Vm. para que se sirva asistir, como es de su obligacion.

El Secretario.

Señor

Señor

El Secretario.

mañana del corriente mes de de este presente año
de 178 á las
Lo que participo á Vm. para que se sirva asistir como es de
su obligacion.
La Congregacion del Santo Rosario Cantado de nuestra Señora de la NOVENA, sita en la calle de Jesus y Maria de esta Villa de Madrid, propia de los Representantes del Reyno, tiene

AVE MARIA PURISIMA.

CEDULA PARA AVISAR A

CEDULA PARA AVISAR A

AVE MARIA PURISIMA.

La Congregacion del Santo Rosario Cantado de nuestra Señora de la NOVENA, sita en la calle de Jesus y Maria de esta Villa de Madrid, propia de los Representantes del Reyno, tiene

mañana del corriente mes de de este presente año
de 178 á las

Lo que participo á Vm. para que se sirva asistir como es de
su obligacion.

El Secretario.

Señor

Tom. 1.º *Theatre*

Salon con P.ta a la dña y Mera

Salon largo

Salon con P.ta

Salon con Mera

Tom. 2.º

Galeria

Selva corta

Carrel danza

Tom. 3.º

Salon largo

Selva

CC corta

Gabinete de 3.º

Selva larga

LAS VICTIMAS DEL AMOR, ANA Y SINDHÁM.

COMEDIA EN TRES ACTOS:

POR DON GASPAR DE ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES.

- 1.^o El Milord Darambi, Padre de Ana, enemiga. *Torres*
2.^o Ana, joven Inglesa, casada secreta. *Mauricio*, Secretario del Milord, y
mente con *Andrea Luna*, confidente de Sindhám. *Fernando*
3.^o Sindhám, Criado del Milord y Padre de Ricardo, Mayoral de una Quinta. *Fernando*
4.^o Pamela, niña de diez años. *Un Criado del Milord. Carlos*
5.^o El Baron de Fronsvill, pretendiente. *Un Criado de la Quinta.*
6.^o Cecilia, Prima de Ana, y su oculta. *Criados del Milord, y Zagales que no hablan.*

La Scena en Londres y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Abre la Scena al amanecer Ana, registrando con los primeros versos una estancia con puerta á la derecha.

Ana. **A** UN descansan todos: ¡Ah, qué sobresaltos, qué miedos!

trae consigo un delito!

¿Si habrá venido? Ya dieron
mirando un reloj.

las seis; ninguna mañana
tardó tanto el dulce dueño

del alma en venir á verme,
¡oh caro Sindhám! el Cielo

que quiso que yo premiara
con el afecto mas tierno.

tu virtud, no me permite
disfrutarla con sosiego.

¿Si se habrá ya levantado
volviendo á mirar ácia dentro

con sobresalto.

mi padre? ¿Si me sintieron
los criados; y curiosos

me habrán seguido? No. Pero
llaman á la puerta.

ya hizo la seña. Temblando
voy á abrir.

Abre la puerta, y sale Sindhám en cuerpo.

Sind. Dulce embeleso

de mi corazon, mi Ana,

mi único bien, mi consuelo,

y alegría, ¡quántas penas

me cuesta el ver tu alhagüeño

y hermoso rostro!

Ana. Sí, amado

Sindhám, ¡y cuánto lo siento!

pero es forzoso: yo amé

tus altos merecimientos

desde que te ví. Miraba

con disgusto (lo confieso)

que el joven Sindhám sirviera

al Milord mi padre; pero

conociendo yo tu amor,

y no cabiendo en el pecho

ya el mio, á pesar de todo

premié tus castos deseos

con mi mano: sí, ligamos

con el lazo mas estrecho

A

nues-

nuestras almas, sin que hasta hoy
otro sepa este secreto
que el buen Mauricio. ¡Ah! ¿tú dudas
que si llegara á entenderlo
mi padre, con nuestras vidas
acabara? No: su genio
es duro, amado Sindhám,
y tu humilde nacimiento:::-

Sind. Le irritaría, es verdad:
él desearía un yerno
noble y rico, aunque tuviera
los mas enormes defectos:
yo soy pobre y soy humilde:
tu corazon bien diverso
del de tu padre, no quiso
sacrificarse indiscreto
al poder y la riqueza;
miraste con menosprecio
esos dos dones que tienen
echizado el universo,
y elegiste un hombre pobre;
pero, Ana, un pobre que leños
de amarte por la ambición
de las riquezas que el Cielo
concedió á tu padre, siente
no ser señor de un Imperio,
y tú una humilde pastora,
para irte á sacar él mismo
de tu cabafia, y sentarte
con él en su trono excelso.
Repartió el Cielo á su gusto
los bienes, hizo en efecto
á Sindhám pobre y humilde;
pero tambien le hizo dueño
de un tesoro que un Monarca
pudiera envidiar por cierto.

Ana. ¿Cuál es, Sindhám?

Sind. Tu virtud; que vale por quanto el Cielo
repartió en todos los hombres.

Diez años há que poseo
este bien lleno de sustos;
pero de qué gloria lleno!
Mi Pamela, aquella amada
Pamela, que por renuevo
de tu amor distes á luz
en el dulce año primero
de nuestra union, ¡qué retrato

de tus gracias es! ¡Ah!:::- Pero
Ana vuelve la espalda para enjugar
el llanto, y él lo nota.

¿tú lloras? ¿suspiras?

Ana. Sí.

Sí, amado Sindhám: me acuerdo
de la triste situacion
en que nació; de mi seno
salió apenas, quando fue
conducida con secreto
por Mauricio á una cabafia,
donde sujeta la vieron
mis ojos poco despues
á que muriera! Aquel tierno
pedazo de mis entrañas
no vió mas que contratiempos
y desgracias hasta ahora;
y lo que mas llozo y siento
es, que no tengo esperanza
de que mejoren los Cielos
nuestra suerte, porque sea
mejor la suya: estoy viendo
la hora en que sabe mi padre
nuestra union, y su despecho
y furor da con mi muerte
castigo á mi atrevimiento.

Yo no puedo ni aun mirarte
sin sustos, siempre me veo
rodeada de los mios:
estos instantes que al sueño
le usurpo por verte, ¡ah
con quanto desasosiego
lo gozo! No, Sindhám mio;
yo en mas estimo y aprecio
el gozar tu puro amor
sin temores ni recelos,
que la ostentacion y fausto
en que me ves. Sí, prefiero
á la misma compañía
de mi padre (lo confieso
sin rubor) la tuya; huyamos
á algun país estrangero,
Sindhám: ningun infortunio
podrá afigirme si tengo
conmigo las bellas gracias
de Pamela, y el consuelo
de tu virtud. Lleven males,
esposo, lluevan tormentos

*Ana
2.º y 2.º*

y sinsabores, que todos
los recibirá mi pecho
con gusto, como yo viva
con mi idolatrado dueño.

Sind. Ay, bella, que esas finezas
me son en cada momento
mas amables: ¡pero cómo
(si sabes lo que te quiero)
presumes que pueda yo
consentir jamas que lexos
de tu amado padre vivas,
expuesta á los contratiempos
y rigores del destino!
¡con qué paz! ¡con qué contento
te veria yo sujeta

á un exercicio grosero
por mi causal! ¡de qué angustia
no se llenara mi pecho
el dia que no pudiera,
con mi trabajo molesto,
llevarte á tí y á mi amada
Pamela aquel alimento
necesario! ¡ah! No, bella Ana,
el considerar yo mismo
que por amarme perdias
patria, padre, lisonjeros
intereses, conveniencias
y plácemes, por los riesgos
y males en que te veia
sumergida, por momentos
iria despedazando
mi corazón. El extremo
con que te amo no permite
que abrace, esposa, este medio;
menos cruel es el que yo
tomar este dia pienso,
y es:--

Ana. Ay infeliz, que un hombre:--
*Ana sobresaltada, y Sindham que-
riéndose ocultar.*

Sind. Me ocultaré: mas ¿qué veo?
Sale Mauricio, y Sindham se detiene.
Mauricio, ¿qué ha sucedido?

Ana. ¿Qué traes? dínoslo presto.

Maur. Sosegaos, que mi venida
os dará mucho contento.

Ya supisteis que ayer tarde

Milord Darambi á paseo

salió conmigo, á pesar
de lo duro de su genio;
sabed, pues, que casualmente
al margen de un arroyuelo
hallámos con otras niñas
á Pamela, y su gracejo
enamorado de manera
á vuestro padre, que hoy mismo
quiere que venga á Palacio,
y que viva al lado vuestro
regalada y obsequiada,
si es que su padre supuesto
lo quiere; yo mismo voy
á traérmela al momento
conmigo, vos cuidareis á Ana.
de reprimir los extremos
de vuestro amor, hasta tanto
que compadecido el Cielo
de vuestras ansias, descubra
con ventura este secreto. *partiendo.*

Sind. Oye.

Ana. Escucha.

Maur. Perdonad,

que detenerme no puedo. *vase.*

Sind. Ya empieza el Cielo á mostrarse
piadoso á nuestros deseos.

Ana. ¡Ay Sindham, que de estas dichas
nuevas desventuras temo!

Sind. ¿Por qué?

Ana. Porque es imposible
que mi maternal afecto
no saque pronto á mis ojos
lo que está oculto en el pecho.

Sind. No olvides lo que á los tres
nos importa este secreto,
que tú podrás reprimirle.

Ya gozarás á lo menos
de Pamela, y á tu lado
la tendrás, sin el recelo
de que tus extremos pueda
estrafñar tu padre, puesto

que él mismo la traxo. Templa
tus amargos desconsuelos,
Ana bella, y nuevas dichas
por instantes esperemos.

A Dios, á Dios, que ya es hora
de que tu padre despierto,
y aun vestido esté.

A2

Ana.

Ana. Detente,

y ocúltate, esposo, presto,
pues viene gente.

Sind. ¿Qué importa

que aquí me vean, sabiendo
que soy criado de casa?

Ana. Nada importa, pero creo

que es mejor que no te vean,
y mas quando la que advierto
es Cecilia.

Sind. Ya á tu gusto,

dulce esposa, me sujeto. *ocúltase.*

Ana. ¡Qué virtud! Cecilia es,

y la sigue un Caballero:

¿qué querrán?

Sale Cecilia, y con ella el Baron de Fronsvill.

Cecil. Prima, á estas horas
creía hallarte durmiendo.

Ana. Dios os guarde. ¿Por qué, prima?

Cecil. Porque es temprano en efecto
para gente que no tiene
cuidados.

Ana. Ah, según eso

debes tú de tener muchos,

prima mia, si atendemos

á lo mucho que madrugas.

Cecil. Hoy madrugué con intento

bien diverso del que piensas:

sentémonos.

*Toman sillas, se sientan, y sale al
paño Sindham.*

Sind. Muy de espacio

han venido por lo menos.

Cecil. Ana, voy sin ceremonias

á explicarte á lo que vengo.

Nuestro Baron de Fronsvill,

que es amigo muy estrecho

de tu padre, te ama. Oyes,

dicelo él, yo no lo creo,

con que así puedes tú misma

examinar si es que es cierto.

Me pidió con mucha instancia

que hiciera yo en este enredo

el papel de introductora,

ó medianera de empeño,

porque sin duda habrá visto

que yo en mi semblante tengo

traza de desempeñar

tal encargo: y pues ya he hecho
quanto pude, que es traerle
donde la presa está viendo,
él coja lo que pudiere,
y le haga muy buen provecho.

levántase.

Ana. Espera.

Cecil. No, no, que el niño
tendrá vergüenza en efecto
de tratar, prima, este ajuste,
si hay gente que lo esté oyendo.

Ana. El señor Baron discurre
que no podrá en ningún tiempo
decir mas en la materia
que lo que tú este momento
dixiste, y así es ocioso
que te vayas. Yo no puedo,
señor Baron, (en el caso
de que sea verdadero
y honesto vuestro cariño)
responderos mas, que tengo
un padre, de cuyo gusto
voluntariamente pendo:

con él tratad; y en el caso
de que os acepte por yerno
venidme á ver, y os diré
si por esposo os acepto. *levántase.*

Bar. Madama, esas voces son
muy propias del juicio vuestro,
y lexos de desayrarme
van aumentando en mi pecho
el aprecio que de vos
hice siempre. No pretendo
mas que creais que es honesta
esta pasion que os profeso,
y que, si el amor dispone
que ligue un dulce himeneo
nuestras almas, no habrá dicha
que codicie mi deseo.

Cecil. O! ¿en qué Universidad
cursasteis? que esos conceptos
son muy finos, y hasta ahora
en estos paises nuevos.

Bar. La naturaleza tiene
para expresar sus afectos
una eloquencia, que solo
la usa el corazon sincero.

El

El mio habló aquí por mí,
Madama: verdades fueron
las que mi labio produjo
que él dictó desde su asiento.

Ana. Yo, señor, os las estimo,
pero premiarlas no puedo
sin que el gusto de mi padre
llegue á conocer primero.
Id, descubridle ese amor
quando gustéis, que en efecto,
como que de estas materias
mis oídos no supieron
jamás, me disuenan mucho,
y escucháros las no puedo.

Cecil. ¡Miren qué virtud tan falsa,
tan necia y fuera de tiempo!
me disuenan!!!- y si el lance
se proporcionara, creo!!!-
pero, Barón, vámonos,
porque si no me despeño.

Ana. Prima, tú has perdido el juicio.

Cecil. Yo no le he perdido, pero
me harán tus hipocresías
perderle si me detengo.

Agarra de un brazo al Barón, y
parte con él.

Ana. ¡Qué fatua es!

Sale Sind. ¡Oh con qué juicio
salió mi bien de este empeño!

Ana. ¿Oiste la pretensión,
esposo?

Sind. Sí.

Ana. Ya los riesgos
van en aumento. El Barón
es amigo verdadero
de mi padre; es poderoso,
y de ilustre nacimiento;
á pedirle ya mi mano,
Sindhám mio, y creer debemos
que mi padre se la otorgue,
y me obligue en el momento
á cumplirlo.

Sind. ¡Ay, Ana bella,
que ya lo oí, ya lo veo,
y todos los accidentes
van agravando en efecto
nuestro peligro! Mas nada
basta á rendir mi pecho.

Consuélate, que si acaso
le otorga, como recelo,
tu padre la mano, entonces,
dulce esposa, apelaremos
al último efugio.

Ana. Tuya

es mi vida, amado dueño.

Sind. Y tuyo mi corazón.

Ana. Solo ese bien apetezco.

Sind. Y yo sola esa ventura.

Ana. Pues ya la estás poseyendo!!!-

Sind. Pues que ya le estás gozando!!!-

Ana. Vengan males.

Sind. Vengan riesgos.

Los dos. Que todos me serán dulces,
si tu corazón poseo.

Sind. A Dios, Ana.

Ana. A Dios, Sindhám.

Sind. ¡Qué hermosa es!

Ana. ¡Qué discreto!

Ana parte por la izquierda y Sindhám
por la derecha: aposento largo, y sa-
le por la izquierda el Milord con som-
brero y espada, y un criado
por la derecha.

Criad. Vuestra sobrina, seguida
del Barón de Frons vill!!!-

Milord. Presto.

Criad. Quieren hablaros.

Milord. Que lleguen. vase el criado.

Un joven es muy atento
y galán Frons vill. Le estimo
por amigo verdadero.

Salen Cecilia y el Barón seguidos
del criado.

Bar. Besos la mano, Milord.

Milord. Barón, tomemos asiento.

El criado les da sillas, se sientan
los tres, y él se va.

y decid lo que queréis.

Cecil. Hablad, Barón, sin recelo,
que si lo habeis menester
yo esforzaré el argumento.

Bar. Milord, mi sinceridad,

enemiga de rodeos,

y preámbulos, sabeis.

Amo á vuestra hija: el Cielo

colmara de venturas

mi corazon, si por premio
de este amor la uniese á mí.
En vos consiste.

Milord. Ya está hecho:
os la daré.

Bar. ¿Mas sabeis
si ella querrá?

Milord. Yo contemplo
que mejor querrá casarse
que dar su vida á este acero:
vuestra es Ana.

Bar. No quisiera
que por fuerza:-

Milord. Yo no tengo
dominio sobre su gusto;
como padre le poseo
sobre su persona, y si es
que venisteis pretendiendo
su amor, yo no puedo darle,
casaros con ella puedo.

Cecil. Baron, despues que se vea
casada con vos, es cierto
que os amará, contemplando
que no tiene otro remedio.

Bar. Haced, pues, lo que quisiereis,
que á vuestro gusto lo dexo.

Milord. Ella viene: tú, Cecilia,
retírate.

Cecil. Ya obedezco.

Casese, y salga de casa ap.
mi prima, que este es el medio
de que mi tio procure
mas aprisa mis aumentos. *vase.*

Sale Ana. Padre, si acaso incomodo
me volveré.

Milord. No por cierto;
antes llegas á ocasion
en que descubrirte debo
tu ventura.

Ana. O mi desgracia. *ap.*

Milord. Ya con el Baron te tengo
casada.

Ana. Señor:-

Milord. ¿Qué dices?

Ana. Que está mi gusto sujeto
á vos, pero:-

Milord. ¿Qué?

Ana. Casarme

sin que conozca primero
al que mi dueño ha de ser:-

Milord. Que le conozca yo mesmo
basta: sé que te conviene.

Ana. ¡Qué angustia! *ap.*

Milord. Y bien:-

Ana. Me estremezco. *ap.*

Milord. Te atreverás á oponerte,
hija infiel, á mis preceptos
sin temer que mi furor
olvide el amor paterno
que te tengo, y:-

Bar. Milord:-

Ana. Padre:-

El Milord en ademán de sacar la es-
pada, el Baron deteniéndole, y Ana
bincando una rodilla: Sindham va á
salir, y se detiene con el siguiente
verso; y Cecilia sale presurosa por
otro bastidor de la derecha.

Sind. ¿Qué miro? Matadme Cielos.

Cecil. Tio, tio, ¿se resiste
la nifia á vuestros preceptos?
¿Qué la disgusta la boda?
¿ó tiene rubor? Por cierto
que hareis bien en enfadaros,
y obligarla con empeño
á casarse, pues os hacen
falta tres ó quatro nietos,
¿No es así, Baron?

Bar. Madama,
el divino entendimiento
de vuestra prima no olvida
la obediencia y el respeto
debido á un padre, y sabrá
cumplir con ambos á un tiempo.
El Milord haria mal
en violentar indiscreto
un alvedrio, del que
ni le hizo, ni le hará dueño
la naturaleza; vos
(que me perdoneis os ruego
la claridad) le habeis dado
un consejo muy ageno
de quien goza algun principio
de Religion, y de:-

Cecil. Quedo,

quedo, Baron. Me parece

que

~~Cecilia~~
~~Cecilia~~
~~20/10~~

que os vais aprisa volviendo
un si es ó no es insolente,
y vereis si yo me emperro:::-

Milord. Basta, Cecilia.

Cecil. No basta,
que me ha perdido el respeto
y:::-

Bar. No es capaz mi crianza
de cometer ese exceso,
Madama. No fui atrevido
jamás, pero soy ingenuo.

Cecil. Es que:::-

Milord. Basta, dixe ya.

Ana. ¡Qué angustia!

Sale Sind. ¡Qué desconsuelo!

Milord. ¿Qué traes? á Sindhám.

Sind. Que ahora á Palacio
llegó Mauricio, trayendo
la serrana que mandasteis.

Milord. Que entre.

Sind. Ya voy: yo fallezco, vaise.

Ana. ¡Ah, Sindhám, como tus ojos
tu amargura me dixerón! ap.

Mil. Tú mira bien qué resuelves á Ana.
en este día, advirtiéndome
que es mi gusto que te cases,
y que te conviene hacerlo.

Ana. Disimulemos, pesares: ap.

Señor, nunca fue mi intento
oponerme á vuestro gusto,
mayormente quando veo
que vuestra bondad le está
ácia mi bien dirigiendo.
Yo tan solo pretendia
que el trato y conocimiento
del esposo que me dabais
fomentara en mí aquel tierno
carifio que debería
tributarle como á dueño
mañana. Si en esto erré,
que me perdoneis os ruego.

Bar. ¡Qué virtud!

Cecil. ¿La veis tan mansa,
Baron? pues yo no la creo.

Bar. Yo sí.

Cecil. ¿De veras? Pues digo
que sois un gran majadero,
y renuncio desde aquí

vuestra boda ó vuestro infierno.vase.

Salen por la derecha Mauricio, Sind-
hám, y Pamela de serrana.

Maur. Aquí, gran Señor, teneis
á Pamela.

Pamel. Con deseo
de serviros, que aunque niña,
tambien soy de algun provecho.

Mil. ¿Pues qué sabes hacer tú?

Pamel. Barrer, fregar, texer lienzo,
y coser, aunque no bien.

Ana. ¡Ay hija amada! No puedo ap.
reprimir mi amor.

Maur. Las almas
de Ana y Sindhám, ¡qué tormento
están sufriendo!

Mil. Mas dime,
¿querrás quedarte en efecto
conmigo?

Pam. ¿Y si su merced
se enfada de mí, y al pueblo
me vuelve?

Mil. Procura tú
no disgustarme, y con eso
no tendrás que recelar.

Ana te querrá en extremo,
pues es mi gusto.

Ana. Señor,
será desde hoy mi embeleso
Pamela, pues sé que vos
tendreis mucho gusto de ello.

Pam. Y la señora verá
como yo se lo agradezco.

Sind. ¡Ay hija, que ya á los ojos ap.
va mi ternura saliendo!

Mil. Tú cuidarás de quanto haga á Mau-
falta á Pamela, advirtiéndome (ricio.
que el traje con que ahora está
es con el que verla quiero.

Pam. Hacedis bien, porque á los pobres
no nos sientan bien aquellos
que estilan acá los ricos.

Sind. ¡Qué gracial!

Ana. ¡Qué entendimiento!

Mil. Baron, yo voy á Palacio,
esperadme, que deseo

que hoy comaís acá conmigo.

Bar. Solo aspiro á complaceros.

Mil.

Mil. Pamela, á Dios. *vase.*

Pam. Con salud

á casa volvais bien presto.

Ana. Ya hice á mi esposo una seña
de que vaya á mi aposento:

Cielos, de una vez matadme,
ó de mi afliccion doleos. *vase.*

Maur. Ven, Pamela. *vase con ella.*

Sind. Con mis ojos *viéndola partir.*
te irá mi pasion siguiendo.

Bar. Sindhám.

Sind. ¡Qué graciosa es!

Bar. Sindhám.

Sind. ¡Con cuánto despejo
y agudeza respondia
al Milord!

Bar. Sindhám, ¿qué es eso?
¿qué os suspende?

Sind. Señor, nada.

Bar. Id, y hacedme merced presto
de decir á Madama Ana
que hablarla á solas deseo.

Sind. Esto solo á mi impaciencia
faltaba, voy al momento.
Amor, mucho es el peligro *ap.*
si se difiere el remedio. *vase.*

Bar. Muy necio fuera en sufrir
que el Milord case indiscreto
violentamente á su hija
conmigo. Mucho la quiero,
es verdad; pero si ella
admite aqueste himeneo
con repugnancia, es error
que yo insista. No pretendo
sacrificar á mi gusto

su corazon. Verla quiero,
y hablarla con claridad,
porque tolerar no puedo
que mi voluntad domine
un día á mi entendimiento. *vase.*

El mismo aposento en que empezó la
Comedia, y sale Ana.

Ana. Ana infeliz, ¿en qué día
tan horrible y tan funesto
naciste! ¡Qué negro instante
aquel que mis ojos vieron
á Sindhám, en que le dixe
mi puro amor, y en que el premio

dí á su virtud, sin mirar
que su humilde nacimiento
me dexaria infamada
para siempre! ¡Oh Dios! yo tiemblo.

¿Yo unida á Sindhám? ¿La hija
del Milord Darambi, Cielos,
pensó así? Mi padre, ¡jay triste!

mi casa, Londres entero,
¿qué dirán quando á saber
lleguen un crimen tan feo?

¿Qué me diré yo á mí misma
si escucho solo un momento
á la razon, al honor:--

¿Al honor? ¿Qué le obscurezco
por haberme unido á un hombre
de un humilde nacimiento
y pobre? No, no, antes queda
mas limpio, mas puro y terso.

Yo no pudiera jamas
resistir el embeleso
de las gracias de Sindhám.
Aquel honesto respeto
que acompaña á la ternura
de su amor, yo le prefiero
á todos los intereses
del mundo: sí, lo confieso.

Mi padre, mi casa, Londres
y el mundo, perdonen; quiero
á Sindhám, le estimo, le amo
sobre quanto el universo
en sí contiene, y no aspiro
á otro bien, ni á otro consuelo
que poseer su corazon
fino, enamorado y tierno
mientras viva, publicando
que como á absoluto dueño
de mi alvedrio le rindo
alma, sér, vida y aliento.

Sale Sind. Ana.

Ana. ¿Qué traes, esposo?

Sind. El Baron:--

Ana. ¿Qué? Dilo presto.

Sind. Quiere hablarte.

Ana. Pues responde:--

Pero no: vino á buen tiempo:
dile que entre, y retirado
tú, despues lo que he resuelto
podrás saber.

Sind.

Sind. Ya conozco
tu virtud; no me detengo.

Vase ácia los bastidores.

Entrad. al Baron.

Ana. Parz persuadirle
deme su eficacia el Cielo.

Sind. ¿Qué intentará?

Se retira á la derecha.

Bar. Estrafiáreis

Madama:::-

Ana. Tomad asiento,

Baron, y antes que paseis
á descubrir vuestro intento
os suplico que me oigais.

Bar. ¿Qué querrá decir? *se sientan.*

Ana. Empiezo:

péro antes debo exígir
un solemne juramento
de vos.

Bar. ¿Y es?

Ana. Que en ningun caso
revelareis un secreto
que ahora voy á descubriros.

Bar. ¿Qué será tan gran misterio?

Al paño Cec. ¿Dónde se hallará mi prima,
á la izquierda.

que no está en su quarto? Pero
con el *Baron* está allí:
oir lo que hablan resuelvo.

Bar. Yo lo juro por la fe
de noble y de caballero.

Ana. Con esa seguridad
voy á arrancar de mi pecho
un arcano que há diez años
que vive en él encubierto.

Cecil. A buen tiempo llegué yo.

Sind. ¿Qué intenta mi esposa, Cielos?

Ana. Yo, *Baron*, ni ahora, ni nunca
ser esposa vuestra puedo,
por mas que estime y aprecie
hoy vuestros merecimientos.
Hace diez años que dí
mi blanca mano á otro dueño.

Cecil. Bueno.

Bar. ¿Qué es lo que he escuchado?

Ana. Nadie sabe este secreto
sino vos; y á no mediar
el solemne juramento

que hicisteis, y la ocasion
que aquí me ha movido á hacerlo,
ni á aun á vos os le fiara.

Pero porque en ningun tiempo
creais que de vuestras nobles
finezas hice desprecio,
os dí esta satisfaccion,
bien á costa (os lo confieso)
de mi rubor. Ya lo hice:
decidme vos vuestro intento.

Cecil. Pues no queda que saber,
voy á contarle corriendo
á mi tío, porque puede
tenerme cuenta el suceso. *vase.*

Bar. Señora, tan sorprendido
he quedado que no acierto
á responder, y aun apenas
(perdonad) lo que oí creo.
Pero ya sea verdad,
ó sea un noble pretexto
para no uniros conmigo,
el juramento renuevo
de no descubriros nunca.

Aun mas haré por el tierno
amor que os consagro, y por
lo que toca á un caballero
de mis prendas. De la Corte
haré ausencia en el momento,
para evitar que el Milord
apresure estos conciertos.

Esto es solo lo que vine,

gran Señora, á proponeros
al ver vuestra repugnancia,
y esto mismo lo que ofrezco
hacer, despues que fiasteis
á Frons vill este secreto.

¿Teneis qué mandarme? *levántase.*

Ana. No.

No, Ingles heroico; no tengo
levántase.

mas que echarme á vuestros pies,
en prueba:::-

Ana se arroja á sus pies, y él la detiene.

Bar. ¿Qué haceis? teneos,
que puede alguno notaros.

Ana. Mi eterno agradecimiento,
ilustre Frons vill:::-

Bar. Madama,

B

ha-

hago solo lo que debo,
y así no lo agradezcais:
sabe el Cielo quanto siento
perderos. Mi corazon
se angustia á los ojos vuestros,
señora, y así dexad
que vaya de vos huyendo.
Pero tened por seguro
que Fronsvill pedirá al Cielo
continuamente que os guarde
al feliz esposo vuestro
mil años, colmando á entrambos
de venturas y contentos.

Sale Sind. ¡Ah noble joven! Señores,
á comer.

Bar. Ved que os espero,
Madama.

Ana. Ya voy.

Sind. ¡Ah bella!
premien tu virtud los Cielos.

*Vanse los tres: levantan el telon, se
descubre el aposento del Milord con
mesa puesta y un rico aparador: ha-
brá algunos criados que sirvan la co-
mida, y uno entre ellos que trinche y
haga platos: salen por la izquierda
el Milord, Mauricio, Pamela y Ceci-
lia, y poco despues por la derecha
Sindhám, el Baron y Ana.*

Cecil. Aun no pude descubrir
á mi tio este secreto, *ap.*
y temo que se me pudra
si le guardo mucho tiempo.

Bar. Guardaos Dios, Milord.

Mil. Sentaos. *se sientan los quatro.*

Ana. ¡Ay hija amada! Los Cielos
impiden que te honre hoy
con aquel tierno epiteto
de hija mia, y limitadas
aun mis caricias te ofrezco.

Mil. Pamela, ¿te acuerdas mucho
de tu casa?

Pam. No por cierto,
Señor, que en esta me dan
algun mejor tratamiento.

Mil. ¿Tan malo era el que te daban
tus padres?

Pam. No era muy bueno:

que me hacian trabajar
mucho todo el dia entero,
y comia poco.

Sind. El alma

me traspasan sus acentos. *ap.*

Bar. Despejada es la serrana. *ap.*

Maur. Señor, ¿quereis complaceros
en oirla cantar?

Mil. ¿Qué?

¿tambien cantas? *á Pamela.*

Pam. Canto: pero,...

Señor, es quando estoy sola
en la cocina barriendo.

Mil. Vaya, pues canta aquí ahora
alguna cosa.

Pam. Obedezco:

porque me ha dicho mi padre
que la que á fuerza de ruegos
canta algo, y lo canta mal,
dos veces mal viene á hacerlo.

Mil. ¡Qué aguda es!

Sind. ¡Ay Pamela!

con mi ternura no puedo. *ap.*

Música. Amados corderillos,
testigos de mi fe,

que en este monte alegres

ha rato que pazeis,

decidme, ¿dónde está

mi dulce amado?

que entre esas pajas breñas

dormido le dexé?

Si en tanto que le busco

acaso os vuelve á ver,

decidle por mi amor

quanto por él lloré.

Mil. Muy bien, Pamela.

Pam. Señor,

¿os agradó con efecto

mi cantinela?

Mil. Muy mucho.

Pam. Otras sé: con que en queriendo
que cante, mandadlo vos,

y me pondré á obedeceros.

Mil. Está bien.

Pam. ¿Y á vos, Señora, *á Ana.*
os complació?

Ana. Sí. No puedo *ap.*

resistir mas: ven, Pamela,

toma esta joya, que quiero quitarse una joya, y se la pone. pagar con ella el buen rato que diste á mi padre. Al pecho la lleva siempre, porque no olvides nunca á su dueño.

Pam. No le olvidaré, Señora.

Ana. ¿Y me amarás?

Pam. Con extremo.

Ana. De ese modo pagarás lo mucho que yo te quiero.

Pam. Ojalá me amara así mi madre! Pero en el tiempo llorosa que tengo, ni una caricia tan solamente me ha hecho.

Ana. ¡Ah, quién pudiera decirte la madre que te dió el Cielo! ap.

Cecil. ¡Qué cansada es la muchacha! No estará aquí mucho tiempo, si yo puedo.

Bar. ¿Quién será de Ana el venturoso dueño? ap.

Mil. Mauricio, lleva á comer á Pamela.

Maur. Ya obedezco. vase con Pam.

Sale el Criad. Señor, esta sola carta os ha traído el correo. dale una carta

Mil. Dame: con vuestra licencia. abrela, y lee.

Cecil. Vaya, me estoy deshaciendo por desembuchar de pronto ap. á mi tío todo el cuento.

Mil. Toma, lleva esta al instante da una carta á Sindham.

á Milord Cumank. Apruebo rigor.

Bar. Milord, ¿qué nuevos os da esa carta, que os veo tan demudado?

Mil. Ninguna que me importe: oid atento su contenido.

Milord amigo: Ayer salió de esta el navio que os anuncié en mi anterior con el cargo arreglado á las mismas polizas que me enviasteis. El tiempo es favorable, por lo que, si no ocurre novedad, llegará el 26

del corriente. Pasareis la adjunta á Milord Cumank, pues le doy en ella el mismo aviso para su gobierno. En esta solo ocurre una novedad digna de vuestra atención, y es, que la hija de un rico comerciante se halla gravemente herida por la misma mano de su padre. Dicen que dió motivo á este exceso el hallarla casada sin su noticia con un hombre inferior á su calidad &c.

Bar. Fue cruel.

Mil. ¿Cruel? Muy piadoso creo que anduvo en dexar una hija tan infame con aliento. Sola una tengo, Baron; pero si fuera su pecho capaz de una igual baxeza, abriera mi propio acero quantas venas tiene, y yo bebiera su sangre luego.

Ana. Tiemblo de oírle. O Tap.

Cecil. ¿Qué tal, se enfurecerá en sabiendo lo que pasa?

Bar. ¡Ana infeliz!

¿con qué temores te veo? ap.

Muy mal hicierais, Milord, que nada perdiera es cierto vuestra hija, ni otra alguna de mas claro nacimiento por unirse á un hombre pobre y humilde, como sus hechos fueran honrados. Mas antes la casara yo, os confieso, con un pobre virtuoso, que con un rico soberbio.

Mil. Basta, Baron: vos lo hariais, levántanse todos.

pero yo no pienso hacerlo. Guárdese mi hija, si, de admitir un pensamiento tan infame, pues aun antes que á tener llegara efecto, olvidando la ternura de padre, fuera yo mesmo de su vergonzosa vida el verdugo mas sangriento.

B2

Sind.

Sind. Ya se acabó la esperanza ap.
que tuve de enternecerlo.

Ana. Muerta estoy. ap.

Cecil. Zape; mi prima
va á probar el pan de perro. ap.

Mil. Venid, Baron.

Cecil. Tio, ved al oído.
que los dos ahora tenemos
que hablar.

Mil. Está bien: pues vé,
y espérame en mi aposento.

Baron.

Bar: El os guarde.

*Sind= Cada vez crece el espacio
de mi dolor.*

An: No importa

*pero tenemos dulce dueño
para vencer tu constancia
y yo amor y suprimiento.*

er amante yo creí
que todo mi regocijo
y ventura consistía
en que oyese mis suspiros
afable, y correspondieras
á Sindhám con un cariño
puro y honesto. ¡Ah, qué poco
conocía yo el peligro
de este deseo! No bien
aun mas de lo apetecido
gocé, ¡quántas amarguras,
quántas ansias y conflictos
me cercaron! En diez años
no ví dia sin martirio,

noche sin desasosiego,
hora sin grande peligro,
ni instante sin sobresalto,
y por fin hoy se han unido
todos á afligirme. Aquí
me pinta el discurso vivo
á mi esposa maldiciendo
el instante en que conmigo
se unió. Allí mi fantasía
me bosqueja los conflictos
que pasa por mí, la afrenta
rubor con que es preciso
va al verse casada
adám. ¡Oh Dios! El mismo
limiento destroza
na: ya el propio sitio
le en que yo solía
r aquel sencillo
n, la mas amarga
de mi delito,
peligro, me ofrece:
parece que miro
a bella revolcada
sangre, y que su impio,
el padre traspasa
el agudo cuchillo
mil su pecho. Ya
as últimos suspiros
vor implora; si,
a hiere mis oídos
z: Sindhám, Sindhám, dice,
corre á darme auxilio.
aro Milord espera,
el golpe atrevido,
y no acabes una vida
por quien yo, sí: ¡Qué delirio,
qué ceguedad me produce
mi mismo dolor, mi mismo
sentimiento! ¡Ah, Sindhám triste,
que lejos está el alivio
de tus penas! Ya tu crimen
que se descubra es preciso,
si insiste el Milord en dar
esposo á su hija; miro
mi muerte y la de mi esposa
infalibles quando altivo
su padre nuestra union sepa.
Si una pronta fuga elijo

y queda sin esperanza.

por

por seguro á nuestro riesgo,
¿dónde iré destituido
de todo? ¡Con qué amargura
no veré al amable hechizo
de mi esposa y mi Pamela
cruzar montes, trepar riscos
y sufrir calamidades!
La hambre, la sed, los activos
rayos del sol, y el cansancio
darían un fin prolixo
á sus dulces vidas, si.

Pues ¿qué medio, qué camino
seguirás, Sindhám, en tantas
angustias? ¿Cuál? El mas digno
para un corazon cansado
de lidiar con su conflicto:
el morir: *¡sí, sí, muramos:*

saca el puñal.

enmendemos el destino
de Bella: así, este borron
que en el papel terso y limpio
de su claro nacimiento
cayó, acabe ya conmigo:
quede otra vez blanco, si:
dexe su honor redimido:
goce del Milord la gracia,
y viva por muchos siglos
venturosa: y tú, Sindhám,
pues cometiste el delito
de hacerla infeliz, acaba
al furor de aquestos filos.

Va á herirse: sale precipitadamente

Ana, y dando un grito descompa-
sado le detiene el brazo.

Ana. Sindhám, ¿qué haces? ¿estás loco?
¿qué frenesi, qué delirio
te precipita á una accion
tan temeraria? ¿Tú mismo
contra aquella amable vida
por quien yo aliento y respiro?

Sind. Sí, Bella, sí; ¿cómo quieres
que yo viva ya tranquilo

un instante, contemplando
que he manchado tu honor limpio,
y te he expuesto á los rigores
de un padre? No, no, abomino
ya la vida, la aborrezco;
démame morir.

Ana. ¿Qué has dicho,
caro Sindhám? ¿Así rinden
tu noble y heroico brio
las adversidades? ¡Ah!

Me avergüenzo de decirlo:
¿dónde está aquella virtud
que tanto ha resplandecido
en el alma de Sindhám?

¿Las desgracias, los conflictos,
los infortunios conducen

á un corazon poseído

de religion, de nobleza,

y de amor á tan indignos

y tan detestables hechos?

¡Ah! No, no: miente quien dixo
que Sindhám me ama.

Sind. ¡Ay esposa!

Ese solo es mi delito.

Mi amor me ofreció el puñal:

mi amor armó el brazo altivo;

y mi amor:—

Ana. ¿Tú me amas?

Sind. ¡Ah!

Ana. Pues si me amas, Sindhám, mío,

¿por qué con tu triste muerte

quisiste añadir martirios

á mi corazon? ¿No ves

el evidente peligro

en que quedarán las vidas

de Ana y Pamela, si el digno

brazo de Sindhám las falta?

¿Dudas tú que mi cariño

con mi vida acabaria

en aquel instante mismo

que tú espirases? No migo

que he dado por tí al olvido

mi honor, mi padre, mi sangre,

y aun á los piadosos gritos

del Cielo fuí sorda, por

ser toda de mi cariño;

es verdad que quantas ansias,

quantas penas y conflictos

me cercan, de este amor nacen;

lo sé: mas solo un suspiro

de Sindhám, una ternura,

un sentimiento nacido

de su amante corazon

recompensa estos martirios.

Pues

he sin desasosiego,
sin grande peligro,
instante sin sobresalto,
por fin hoy se han unido
s á afligirme. Aquí
vinta el discurso vivo
esposa maldiciendo
stante en qué conmigo
ió. Allí mi fantasía
osqueja los conflictos
asa por mí, la afrenta
rubor con que es preciso
iva al verse casada
ndhám. ¡Oh Dios! El mismo

el riesgo en que estás:-
Ana y Sind. Amor,
pues que tu peligro veo:-
Todos. Para el dolor que me aqueja
inspirame tú el remedio. *vanse.*

En ACTO SEGUNDO.
G. J. J. J.

*El mismo aposento de Ana, y sale
Sindhám con capa y espada.*

Sind. **A** Ntes de llevar aquesta
carta á Cumank solícito
ver á Bella: no está: ¡oh Dios!
Yo no oso entrar: es preciso
que el dolor que halle en mis ojos
acrecienta su martirio.
¡Ay, Ana hermosa, qué tarde
comazco que fue delito
el amarte ya! Creí
que todo mi regocijo
y ventura consistía
en que oyese mis suspiros
afable, y correspondieras
á Sindhám con un cariño
puro y honesto. ¡Ah, qué poco
conocía yo el peligro
de este deseo! No bien
aun mas de lo apetecido
gocé, ¡cuántas amarguras,
cuántas ansias y conflictos
me cercaron! En diez años
no ví día sin martirio,

remordimiento destroza
mi alma: ya el propio sitio
horrible en que yo solía
seducir aquel sencillo
corazon, la mas amarga
idea de mi delito,
y su peligro, me ofrece:
ya me parece que miro
á Ana bella revolcada
en su sangre, y que su impio,
su cruel padre traspasa
con el agudo cuchillo
veces mil su pecho. Ya
en sus últimos suspiros
mi favor implora; sí,
sí, ya hiere mis oídos
su voz: Sindhám, Sindhám, dice,
corre, corre á darme auxilio.
Bárbaro Milord espera,
deten el golpe atrevido,
y no acabes una vida
por quien yo, sí:- ¡Qué dolor,
qué ceguedad me produce
mi mismo dolor, mi mismo
sentimiento! ¡Ah, Sindhám triste,
que lejos está el alivio
de tus penas! Ya tu crimen
que se descubra es preciso,
si insiste el Milord en dar
esposo á su hija; miro
mi muerte y la de mi esposa
infalibles quando altivo
su padre nuestra union sepa.
Si una pronta fuga elijo

por
y quede sin esperanza.

por seguro á nuestro riesgo,
¿dónde iré destituido
de todo? ¿Con qué amargura
no veré al amable hechizo
de mi esposa y mi Pamela
cruzar montes, trepar riscos
y sufrir calamidades!
La hambre, la sed, los activos
rayos del sol, y el cansancio
darian un fin prolixo
á sus dulces vidas, sí.

Pues ¿qué medio, qué camino
seguirás, Sindhám, en tantas
angustias? ¿Cuál? El mas digno
para un corazon cansado
de lidiar con su conflicto:
el morir: sí, sí, muramos:

saca el puñal.

enmendemos el destino
de Bella: así, este borron
que en el papel terso y limpio
de su claro nacimiento
cayó, acabe ya conmigo:
quede otra vez blanco, sí:
dexe su honor redimido:
goce del Milord la gracia,
y viva por muchos siglos
venturosa: y tú, Sindhám,
pues cometiste el delito
de hacerla infeliz, acaba
al furor de aquestos filos.

Va á herirse: sale precipitadamente

Ana, y dando un grito descompa-
sado le detiene el brazo.

Ana. Sindhám, ¿qué haces? ¿estás loco?
¿qué frenesí, qué delirio
te precipita á una accion
tan temeraria? ¿Tú mismo
contra aquella amable vida
por quien yo aliento y respiro?

Sind. Sí, Bella, sí; ¿cómo quieres
que yo viva ya tranquilo

un instante, contemplando
que he manchado tu honor limpio,
y te he expuesto á los rigores
de un padre? No, no, abomino
ya la vida, la aborrezco;
dêxame morir.

Ana. ¿Qué has dicho,
caro Sindhám? ¿Así rinden
tu noble y heroico brio
las adversidades? ¡Ah!
Me avergüenzo de decirlo:
¿dónde está aquella virtud
que tanto ha resplandecido
en el alma de Sindhám?
¿Las desgracias, los conflictos,
los infortunios conducen
á un corazon poseido
de religion, de nobleza,
y de amor á tan indignos
y tan detestables hechos?
¡Ah! No, no: miente quien dixo
que Sindhám me ama.

Sind. ¡Ay esposa!

Ese solo es mi delito.

Mi amor me ofreció el puñal:
mi amor armó el brazo altivo;
y mi amor:—

Ana. ¿Tú me amas?

Sind. ¡Ah!

Ana. Pues si me amas, Sindhám mío,
¿por qué con tu triste muerte
quisiste añadir martirios

á mi corazon? ¿No ves
el evidente peligro

en que quedarán las vidas
de Ana y Pamela, si el digno
brazo de Sindhám las falta?

¿Dudas tú que mi cariño
con mi vida acabaria
en aquel instante mismo

que tú espirases? No niego
que he dado por tí al olvido
mi honor, mi padre, mi sangre,
y aun á los piadosos gritos
del Cielo fuí sorda, por

ser toda de mi cariño;
es verdad que quantas ansias,
quantas penas y conflictos
me cercan, de este amor nacen;
lo sé: mas solo un suspiro
de Sindhám, una ternura,
un sentimiento nacido
de su amante corazon
recompensa estos martirios.

Pues

Pues ¿por qué hemos de tratar de morir? No, esposo mio; vivamos, para que viva

Llega á los bastidores de la izquierda, y saca á Pamela.

este fruto peregrino de nuestro amor: vuelve, vuelve los ojos, Sindhám querido, á esta infeliz criatura, nacida á pagar delitos de sus padres / que no dudo

que quedes eternecido: mírala ya con su madre, *Arrojase á los pies de Sindhám, y este las vuelve el rostro eternecido.*

bañando con su continuo y tierno llanto tus plantas. No mis ruegos, Sindhám mio, te conmuevan, no mi llanto, no mi amor, no mi peligro, sino el de aqueste pedazo de tu corazón. Los gritos de su ternura resuenen hoy, Sindhám, en tus oídos. Oyelos: la humanidad; sí, tu paternal cariño, la naturaleza, todos lo mandan, y yo lo pido por mi amor: pero si acaso pueden tan poco contigo el amor, la religion, nuestro llanto, y el peligro en que quedamos, que insistes en acabar á los filos de ese puñal, *de este modo*

Quítale la espada de pronto, y se acaba la escena en un momento.

Sind. ¿Qué haces? Tente. corriendo á detenerla.

Ana. De una vez acabo así mis martirios.

Sind. Tente.

Ana. Si das otro paso, con este acero divido mi corazón. De tu mano despiéde ese basilisco

de ese puñal vo también acabar con el mismo

Sind. Tente.

Ana. Pues de tu mano.

Despiéde ese basilisco

ó á un tiempo muramos.

Pam. Madre, ¿qué quereis hacer?

Sind. Yo espiro.

Ana. Hija, morir, pues lo quieren hoy tu padre y mi destino.

Pam. ¿Mi padre? ¿Pues dónde está ese cruel padre mio?

Ana. Vesle ahí.

Pam. No, madre mia; que estais engañada digo, pues si este fuera mi padre ya se hubiera eternecido al vernos llorar.

Sind. ¡Ay hija!

¡Ay Ana bella! ¡Ah destino!

¡Ay triste Sindhám! ¡Oh Cielos, doleos de mi martirio!

Pam. Si sois mi padre, y si sois esposo de la que ha dicho que es mi madre, ¿por qué causa habeis así de afligirnos

á las dos? ¿Con qué razón quereis entrambos moriros y dexar desamparada á Pamela? ¿No habeis visto

que aun soy niña, y no podré ganar el sustento mio?

¿Dónde iria yo sin padres?

¿En quien hallaria abrigo la pobre Pamela? ¡Ah! No.

Miradme mas compasivos los dos. Sí, padre. Sí, madre. arrodillase.

De rodillas os lo pido; y de aquí no me levanto mientras que no lo consigo.

Pamela se ve arrodillada entre Ana y Sindhám, y al decir este verso corren á un tiempo los dos, y la levantan eternecidos.

Los dos. ¡Hija amada!

Pam. ¿Vivireis?

Ana. Sí, mi Pamela.

Sind. Sí, hechizo

de mi corazón, que solo tu llanto me ha conmovido.

Detesto mi ceguedad,

mi

mi temeridad maldigo,
y me avergüenzo de verme
por tí misma reprendido.
Toma, esposa: de mi vista
dala el puñal.

aparta ese basilisco
cruel, porque no me acuerde
este exécrable delito.

Vivamos ya: resistamos
la adversidad del destino
constantes, hasta que el Cielo
le enmiende compadecido.

Tú, Pamela, pues ya sabes
quiénes tus padres han sido,
procura amarles de modo
que no puedas descubrirlo.

Pam. ¿Pues qué es malo que yo sea
hija de usted, padre mio?
¿Todas las hijas no llaman
padre con gran regocijo
á sus padres? ¿Por qué yo
no he de hacer aquí lo mismo?

Sind. Porque los Cielos no quieren.

Pam. ¿No quieren? ¡Ah! Pues no chisto.
*Sale Mauricio presuroso y como
demudado.*

Maur. Sindhám.

Los dos. ¿Qué traes?

Maur. ¡Oh Dios!

Ana. ¿Tú demudado?

Sind. Mauricio,

¿tú te agitas? ¿qué hay? Di presto.

Maur. No sé si podré decirlo.
Vuestro padre ha preguntado
por vos muy enfurecido
en este instante, y sabiendo
que estabais en este sitio
tomó un puñal, y aquí viene
con todo el color perdido.

Ana. ¡Santo Dios!

Sind. Yo tiemblo.

Maur. Presto

retiraos los dos conmigo,

Ase de la mano á Sindhám y á Pamela.

que el Cielo á vuestra virtud
dará su eficaz auxilio.

Sind. Yo muero. *ocúltanse los tres.*

Ana. Triste de mí, con temor.

que de un padre enfurecido
la cólera:— ¡Oh Dios! Ya viene.

¡Ana infelice! Yo espiro.

*Sale el Milord sin sombrero con la
espada desnuda.*

Mil. Oprobio de mi linage,
afrenta, borron indigno
de una estirpe esclarecida,
dime: ¿quién ha seducido
tu corazon? ¿Es creible
de tí el infame delito
de que te acusan? ¿Osaste
á unirte sin el permiso
de tu padre? Dilo, acaba,
respóndeme.

Ana. ¡Ay padre mio!
echándose á sus pies.

Yo fuera ingrata dos veces
á quien el sér he debido,
si con engaños quisiera
mitigar hoy el martirio
de tu corazon.

Mil. ¿Qué dices?

Ana. Yo no debo mi destino
ocultaros mas, Señor;
yo estoy casada:—

Mil. ¿Qué has dicho,
vil muger?

Ana. La virtud noble
de un joven:—

Mil. ¿Podré yo oirlo
sin arrancar á pedazos *colérico.*
tu corazon atrevido?

Mas, si podré, hasta que sepa
quien fue el seductor impio
de tu inocencia, porque ambos
tolereis á un tiempo mismo
mis rigores; ¿dónde, dónde
se oculta? ¿quién es? ¿quién? Dilo.

Ana. Padre:— *abrazada de sus rodillas.*

Mil. No me des tal nombre,
que me avergüenzo de oirlo.

Ana. Vuestra compasion merezca
esta infeliz. Mi delito:— *llorosa.*

Mil. Tu sangrè y la de ese hombre
infeliz:— Dime, ¿en qué sitio
le hallaré? ¿Cómo se llama?

Ana. Padre, mi amor, su peligro

me

me instan á callarlo.

Mil. Teme

de este brazo vengativo
el golpe, si no lo dices.
amenazándola.

Sind. Yo no espero mas, Mauricio.
quiere salir.

Maur. Tente.

Ana. Pues, Señor, aquí
os ofrezco el pecho mio
gustosa, abridle, saciaos
con mi sangre, si así libro
la de mi esposo.

*Sale Sindhám, Pamela y Mauricio, y
los dos primeros se arrodillan á los
pies del Milord, que quedará
suspendido.*

Sind. Eso no,
que he de morir yo contigo. *á Ana.*
Aquí teneis el objeto
de vuestro furor rendido
á vuestros pies.

Mil. Sindhám:—

Sind. Si,
yo soy el autor impío
de este crimen: yo seduxe
con engaños y delirios
la joven mas virtuosa
y amable que han conocido
los mortales. Esta culpa
tan atroz, ni el Cielo mismo
puede sufrirla; y así
pase un agudo cuchillo
mi corazon, porque lave
con mi sangre este delito.

Ana. No, padre mio: no oigais
las voces que ha sugerido
á Sindhám la dura pena
de haberos hoy ofendido:
los de la naturaleza
oid no mas: los que el mismo
amor paternal os hace.
Esté es Sindhám, padre mio,
esta aquella desgraciada
hija vuestra, que sin juicio
os ofendió, y esta tierna
imagen de mi delito,
cuyas gracias encantaron

vuestro corazon benigno,
triste fruto es de un amor
criminal: los tres sumisos
vuestro perdon imploramos,
señor, regando hoy activos
vuestros pies con nuestro llanto:
concededle compasivo,
padre, y dexad que este dulce
y tierno nombre el cariño
que os tenemos os tribute;
veréis quan reconocidos
á vuestra heroica piedad
eternamenté vivimos.

Pam. Si, señor, perdone usted
á mis padres, abuelito.
Míreles con qué amargura
llorando están. Yo me aflijo
tambien de verles.

Mil. ¿Pamela
mi nieta? Estoy aturdido. *ap.*

Maur. No me atrevo á hablarle. *ap.*
Pam. Padre,

pues no se ha compadecido
de nosotros, vámonos;
Dios nos abrirá camino
para ganar de comer
en otra parte.

Mil. ¡A qué riesgo *ap.*
no ablandaran sus razones!
Solo á mí que endurecido
con esta afrenta he cerrado
á la piedad los oidos.

Sind. Ea, señor, si el recuerdo
del duro oprobio que vino
por Sindhám á vuestra casa
os hace no oir los gritos
del amor y la ternura,
aquí está mi pecho, heridlo,
y redima con mi sangre
la afrenta que os origino.
Sindhám morirá gustoso
si Ana recobra el perdido
derecho de vuestro amor:
restituídla benigno
vuestra ternura, y yo acabe
al estrago de esos filos.

Mil. Objetos abominables,
huid de mi vista: idos,

idos

idos á donde jamas
vuelva á veros mi conflicto:
dexa ese lugar que tienen
tus hechos envilecido, á Ana.
y con el cómplice vil
de tu exécrable delito
vive, vive; pero sea
con el horrible martirio
de mi eterna maldicion.

Ana. ¿Vuestra maldicion? ¡Dios mio!
con horror.

Yo tiemblo.

Mil. Sí, sí.

Maur. Señor:—

Mil. ¿Aun estais aquí?

Sind. Yo espiro.

Mil. Pero haceis bien, que pues ya
con tan grande horror os miro,
huyendo irá de vosotros
para siempre mi cariño. vase.

Ana. Padre. queriéndole seguir.

Maur. Señora, teneos.

Ana. Sindham.

Sind. Ana, mi cariño
te hizo infeliz.

Ana. Ay esposo,
que ningun mal he sentido
hasta este instante. Esta triste
maldicion:— Al repetirlo
me cubro de horror.

Maur. Señora,
no es tiempo ya de afligiros.
Asegurar vuestras vidas
importa. Al instante mismo
es fuerza que os ausenteis
de esta casa, y escondidos
esperad á que mis ruegos
mitiguen el excesivo
rigor del Milord.

Sind. ¡Ay hija!

Maur. Para estos casos se hizo
el valor. Los infortunios,
los contratiempos prolixos
actisolan la constancia;
ella los vence. El peligro
le hace mayor por instantes
la debilidad. Amigo
Sindham, ánimo, y fíemos

en el Soberano auxilio.
Sind. Ay, fiel Mauricio, que son
muy fuertes y repetidos
estos golpes. Mis desgracias
no rendirian mi brio
jamás, pero las de Bella Ana
y las de Pamela (¡ah digno
y leal amigo!) traspasan
mi corazon afligido
vivamente.

Ana. Pues no, esposo:
á Ana la hallará el conflicto
siempre animosa, si en tí
mira un ánimo tranquilo;
y mi Pamela adorada
con sus gracias dará alivio
á tu quebranto.

Pam. Por mí
no os aflijais, padre mio,
que ya estoy hecha á trabajos.
Sale un criado.

Criad. Señora, esta carta dixo
el Milord que en vuestra mano
pusiera. Ya he obedecido.
da una carta á Ana y vase.

Ana. Todo me altera. abriéndola.

Sind. ¿Qué puede
querer el Milord, Mauricio?

Maur. No sé; ya todo me asusta.

Ana. Escuchad el contenido.

Lee. ¡Monstruo horrible, que nacíste
á ser el borron de tu linage, y ho-
micida cruel de quien el sér te dió!
Milord Darambi te manda que en
el instante hagas entrega á Mauri-
cio de quantas galas y joyas con-
servas, y cubriendo tus carnes con
el vestido de la mas infima criada,
salgas de Londres con el vil com-
pañero y autor de tus desgracias.
Obedece prontamente, ó sereis am-
bos arrojados con ignominia por mis
criados.

Representa. ¡Buen Dios!

Sind. ¿Hasta quando Cielos
tu rigor ha de afligirnos?

Maur. ¡Pobres jóvenes! Mi llanto ap-
han movido sus gemidos.

Ana.

Ana. ¡Ah padre! ¡Ah Milord! ¡con qué rigor mirais mi delito!

Sind. Yo no puedo ni aun mirarla sin lágrimas.

Ana. O maligno

Baron, ¿faltaste á tu fe porque yo muera.

Sale el Baron. ¿Qué miro?

Bella Ana, Sindhám, sacadme sobresaltado.

de tantas dudas. He visto salir de aquí demudado al Milord, y sorprendidos os veo á todos. ¿Qué es esto?

Ana. Caballero el mas iniquo, el mas pérfido y cruel de Inglaterra, ¿sois el mismo Frons vill, de quien hoy la fama tan grandes elogios hizo?

¿Sois aquel, cuya virtud envidié con gran motivo tantas veces? Y en fin ¿sois aquel joven, que rendido confesaba á Ana un amor el mas verdadero y fino?

No es creible, no. Vos sois un monstruo horrible, nacido solamente á ser origen de nuestras desgracias. Idos, idos, que vuestra presencia mas y mas ha de afligirnos.

Bar. Yo estoy absorto: Madama, que os declareis mas os pido humildemente.

Ana. Hé, apartad.

Bar. Considerad que no es digno Frons vill de vuestros rigores.

Ana. Y aun de los del Cielo mismo.

Bar. ¿De los del Cielo? Señora, ved que me habeis sorprendido.

Ana. Sí, perjuró.

Bar. ¿Cómo? ya eso no podré sufriros, Madama.

Ana. Sois un... Tomad;

da la carta al Baron.

ved lo que os ha producido vuestra impiedad. Sorprendeos,

afrentaos y confundios.

lee el Baron como sorprendido.

Maur. ¿Qué habrá hecho el Baron? *ap.*

Sind. No sé

cómo mi furor reprimo. *ap.* (dama,

Bar. ¿Qué horror! ¿Qué impiedad! Ma- no pretendo desmentiros con mi voz: mis hechos solos lo acreditarán hoy mismo.

Yo os perdono los agravios que vuestro dolor me hizo, como creais que Frons vill no fue capaz de un delito tan exécrable. Los Cielos me confundán vengativos, á vuestros ojos, si osado falté al juramento mio.

Ana. ¿Cómo es creible, si vos solo el secreto habeis sabido?

Bar. No es tiempo de eso, Madama: yo mi nobleza acredito de este modo: á quatro millas de Londres habeis sabido que una Quinta tengo: en ella vive Vaturman mi tío: yo le escribiré una carta para que os tenga escondidos en ella, en tanto que logro que el Milord, compadecido, os vuelva á su gracia. Y quando no pudiere conseguirlo, quantos estados poseo serán vuestros, y conmigo vivireis felices.

Ana. Cielos, ¿puede ser esto fingido? *ap.*

Bar. Obedeced los preceptos del Milord, como es debido, y disponeos á partir mientras yo la carta escribo.

Ana. Estoy absorta.

Bar. A Dios, Bellas el Cielo os guarde mil siglos con vuestro esposo, colmada de dichas y regocijos; á Dios.

Ana. Esperad.

Bar. No puedo, *ap.*

que

*Lorda B. abaxoze
sentado*

que está mi honor ofendido,
y hasta que le satisfaga
no puedo vivir tranquilo. *vase.*

Ana. ¿Es esto creible?

Sind. Sí.

Sí, amada esposa: yo he visto
en Frons vill todas las señas
que suele traer consigo
la verdad.

Maur. El corazon
de Frons vill es muy sencillo

y noble: yo lo conozco,
y de su oferta me fio;
con que no perdamos tiempo.

Sind. Sí, obedezcamos sumisos
la orden del Milord, y el Cielo
admita este sacrificio.

Tú cuidarás de entregar
á Cumank aqueste escrito
da una carta á Mauricio.

de parte de tu señor,
pues yo hacerlo no he podido
hasta ahora.

Maur. Está bien: no sé
como mi dolor reprimo. *ap.*

Ana. Vete, Mauricio, y con Pamela
espera en alli quanto mio Mauricio.

Pam. Madre no me dexe usted,
y se vaya. *vase con Mauricio.*

Ana. Ya te sigo.

hija mia, En fin, Sindhám,
ya los Cielos han querido
qué pierda por tí mi patria,
mi casa, y el amor mismo
de mi padre: ya gustosa
lo dexo todo, y reprimo
hasta el dolor de dexarlo.

Ya los mayores peligros,
trabajos y adversidades
hoy á resistir me animo
por tí solo, por tí. ¡Ah!
Págame estos sacrificios,
Sindhám mio, amando á Bella
constante, sincero y fino.

Sind. Yo te lo juro, y tambien
Ana. Pues lluevan
pesares.

Sind. Lluevan martirios.

*que obteniendo tu cariño
todos los mayores males
los recibiré tranquilo.*

Ana. Infortunios.

Sind. Y desgracias.

Los 2. Sobre mí.

Ana. Que si consigo
tu amor.

Sind. Si logro tu fe.

(se.)
Los 2. Cómo he de poder sentirlos? van-
Aposento del Milord, y se descubre
este sentado en una silla de brazos,
trastornado de dolor, y sale al
paño Cecilia.

Cecil. Vaya, yo estoy aturdida.

¿Sindhám su esposo! No he visto
mayor locura. Ello es fuerza
que se lo cuente á mi tio,
Allí se ve. ¡Pobre viejo!
En sabiéndolo es preciso
que se desespere.

Levántase Milord. No,
en vano está mi cariño
reprendiendo mi crueldad. furioso.
Sufran, sufran sus indignos
corazones penas, ansias
y tormentos, pues el mio
cubierto está de amargura
por su causa.

Sale Cecil. Tio, tio.

Milord. ¿Qué traes?

Cecil. Una noticia
que habeis de estimar.

Milord. ¿Cuál? Dilo.

Cecil. Que Sindhám es---

Milord. Calla, calla,
no me acuerdes ese indigno
borron, si probar no quieres
mi cólera.

Cecil. Ya no chisto.

Milord. ¡Ah hija vill! Vivir me haces
en un extremo conflicto.

Cecil. Habeis visto qué eleccion
tan baxa, y tan---

Milord. ¿No te he dicho
que calles?

Cecil. Pero señor---

Milord. Vive Dios---

Cecil. No, no replico.

Chispas, ¿y qual está el viejo?
Voime, no pegue conmigo.

C2

Al

Al irse á entrar sale el Baron, y le dice al bastidor.

No habéis de decir á mi prima, Baron, porque sus oídos estrañan esas materias.

Ha, ha, ha. *parte riendo.*

Bar. Qué poco juicio tiene Cecilia! ¿Milord?

Milord. Fronsvill es: estoy corrido.

Bar. Yo os creí de un corazón blando, afable, y poseído del amor á la virtud.

Pensé que hallara dominio en él la naturaleza,

y por eso vuestro amigo me llamé un tiempo. Mas ya, reconociendo los vicios

de que se halla el alma vuestra

hena, digo que abomino

vuestra amistad, y me afrento,

Milord, de reconveniros.

Una hija teneis, amable

y virtuosa. La estimo:

es verdad; pero no os habla

por ella aquí mi cariño,

sino la razon. La hallais

unida hoy con el mas digno

de los hombres, con un joven

honesto, cuyo cariño

la hará feliz, y tan solo

porque es pobre y de abatido

nacimiento, la que fue

noble eleccion, de delito

caracterizais; contra ellos

esgrimis enfurecido

vuestro enojo; de amargura

llenais aquellos dos dignos

corazones; olvidais

hasta el paterno cariño;

y de vuestro mismo lado

alexais hoy (me horrorizo)

con oprobio á una hija vuestra.

Esto sí que confundiros

debiera, no el verla unida

á Sindhám; pues vos, vos mismo

os gloriariais de verlo,

á no estar tan poseído

de vuestra ambicion. En fin

ya de Londres han salido Ana y Sindhám, penetrados del sentimiento mas vivo

y doloroso; Pamela,

aquel adorado hechizo

de sus padres, con el llanto

mas amargo y excesivo

les sigue, compadeciendo

á los troncos y los riscos.

Y vos, Milord, ¿oiréis

con el ánimo tranquilo

mis voces? Vos, á quien deben

interesar sus conflictos,

¿os mostrareis insensible

y sordo al horrible grito

de la sangre? ¡Ah qué impiedad!

Vos tendreis el regocijo

de sacrificar tres vidas

á vuestro furor impío;

pero los remordimientos

del alma vuestra es preciso

que den á vuestra vejez

el tormento mas continuo.

Quedaos, que yo horrorizado,

admirado, y aun corrido

de ver vuestra crueldad,

huyendo iré de este sitio,

y de vos, clamando al Cielo

que os dé un severo castigo.

hace que se va.

Milord. ¡Oh Dios! Fronsvill.

Sale Maur. De dolor

traigo el corazón partido *ap. Noran* señor, vuestra hija:--

Milord. No des

tal nombre á ese basilisco.

Maur. Cumpliendo vuestro mandato

partió ya, y dexa este escrito

para vos.

Milord. Muestra; no esperes

que me ablanden tus gemidos.

Abre la carta y lee.

Amado padre: Dexo obedecidas vues-

tras órdenes, y salgo de Londres

por quitar de vuestros ojos un obje-

to que tanto os es aborrecible. Voy á

morir gustosa para que viváis tran-

quilo. Los instantes que el amor pa-

ter-

terno ocupe el fondo de vuestro corazón sabreis el vivo dolor con que llevará esta infelice madre á su terna y amada hija á la muerte. Este sentimiento, y el de haber merecido vuestro enojo, son los únicos que me acaban por instantes. Por ellos, y por el tierno amor con que un tiempo me mirasteis, os ruego que levanteis vuestra maldición á esta hija infeliz, que siempre amará vuestra memoria.

Repres. ¿Levantarla? No lo pienses. Irá al sepulcro contigo, hija vil.

Maur. Señor, oid lo que en vuestro seno mismo dicta la naturaleza.

Hasta aquí de vuestro juicio fue dueño el primer impulso del enojo. Yo os suplico de rodillas, con el llanto más amargo que os sereneis. El delito de mi señora:-

Milord. Es el más detestable, el más iniquo.

Maur. Os ama:-

Milord. Yo la aborrezco cruelmente.

Maur. ¡Ah! La he visto morir de pena al dexar esta casa.

Milord. Y bien, Mauricio; con pena muera quien tanta ocasión al pecho mio.

Maur. ¡Oh Dios, qué inflexible está su corazón! Yo me aflijo.

Bar. No, no desista por eso nuestra piedad, de continuo atormentemos su alma con los recuerdos más vivos de esta impiedad.

Maur. Mi señor es bien cruel.

Bar. Poseído está del furor. Yo sé que ha de hacer presto su oficio el paternal amor. ¡Ah!

Yo su error he reprendido agriamente, y delibero seguir haciendo lo mismo á favor de la virtud de Ana y Sindham.

Maur. Sois benigno.

Bar. Soy sensible, y me lastiman sus desgracias. Tú, Mauricio, intercede sin cesar por ellos, que yo confío que hemos de ablandarle.

Maur. El Cielo

lo conceda compasivo.

Bar. Si hará, sí; pero entretanto nosotros blandos.

Maur. Sumisos.

Bar. Constantes.

Maur. Llenos de fe.

Los 2. Pidámosle enternecidos que dé á aquellas tristes almas gracia, paz, gusto y alivio. vanse en tanta pena.

ACTO TERCERO.

El teatro será un monte de alguna eminencia con muchos árboles, entre los que habrá algunos corpóreos, que irán corriendo varios labradores, y baxándolos á una de tres cabañas que habrá al pie del monte á la izquierda. La Scena se abrirá con la siguiente música, que saldrá escuchando Sindham de labrador.

Música. No cambiara el jornalero su miserable azadon por toda la vanidad del opulento señor.

Unos. No, no, no.

Otros. No, no, no.

Todos. No, no, no,

que el señor no goza siempre la paz de que gozo yo.

Sind. Ah qué bien conocen todos la ventura y la alegría

con qué aquí viven, agenos de cuidados y de envidias!

¡O venturosos vosotros, que de las falsas delicias

de

de la opulencia vivisteis
apartados! Las sencillas
y honestas leyes que impuso
la virtud, y que seguidas
se ven por vosotros, ¡ah,
quán apreciables, quán dignas
serán de mí y de mi esposa!
Nuestras almas, enemigas
de todo engaño, serán
felices en compañía
de vuestra sinceridad,
y en las humildes casillas
y chozas, que la verdad
y la Religión habitan,
hallarán nuestros deseos
todo el bien que apetecian.

Cruel Vartumank, no importa
que la piedad que ejercia
Fronsvill con nosotros la haya
hoy negado tu codicia,
pues entre esta humilde gente
la hallarán nuestras desdichas.
Allí dexo descansando
un poco de las fatigas
del camino á Ana y Pamela,
y vengo:—Pero el que miran
mis ojos será sin duda
el Mayoral, bien lo indica
su trage; yo llego, sí,

*Ricardo habrá salido de la segunda
choza, y estará mirando desde el pie
del monte á los trabajadores; y
llega Sindhám.*

señor, humilde os suplica
un infeliz que atendais
á remediar sus desdichas.

Ricard. ¿Qué quereis?

*Sind. Señor, yo amo
á una muger peregrina,
que es mi esposa, tiernamente.
Por mi causa esta abatida,
y en la situacion mas triste
y deplorable. No aspira
mi ternura á mas, señor,
que á llevar á ella y su hija
un poco de pan con que
la hambre que las mortifica
remedien. Vuestra piedad*

*haga que yo lo consiga
por vida vuestra, señor,
me concedidme este dia
un jornal entre esa gente
que trabajando se mira.*

Ricard. Bien está, yo os le concedo:

subid á ese monte aprisa,
é id baxando á esa cabaña
poco á poco las encinas
que hay cortadas; mas sabed
que del jornal se os desquita
el tiempo que malgastareis.

Sind. Está bien, señor. Los Cielos

*a vos y á vuestra familia
colmen de bienes por esta
caridad. ¡Con qué alegría*

*parto al trabajo! Buen Dios,
de Ana y de Pamela cuida.*

*Sube al monte: repite la música la
cantinela con que se empezó este ac-
to; y salen en trage humilde Ana
y Pamela.*

*Música. No cambiara un jornalero
su miserable azadon
por toda la vanidad
del opulento señor.*

Unos. No, no, no.

Otros. No, no, no.

Todos. No, no, no;

*que el Señor no goza siempre
la paz de que gozo yo.*

*Ana. Tarda mi esposo, y mi amor
sin su dulce compañía
no se halla bien. ¿Dónde, Cielos
habrá ido? Amada hija,
tampoco esta aquí tu padre,
¡Oh Dios, y cuánto se agita
mi espíritu contemplando
su despecho.*

*Pam. No se aflija,
madre mia, que habrá ido
á traerme pan.*

*Ana. Alivia
tanto su virtud mis penas,
que no puedo sin su vista
descansar, ven, preguntemos
á esta gente si por dicha
le han visto pasar.*

Pam. Sí, vamos.

Ahora acabará de baxar Sindhám con un tronco sobre los hombros: Ana le ve, y corre ácia él con Pamela.

Ana. ¿Pero qué es lo que divisan mis ojos? Sindhám.

Sind. Esposa, pronto en la choza que miras dexo el tronco, y volveré á gozar de tus caricias.

Ana. ¿Ayudaré, porque sea menos tu fatiga.

Entre los dos entran el tronco en la primera cabaña.

Sind. ¡Qué amor!

Ana. ¡Qué virtud!

Pam. ¡Qué padres

tan buenos tengo! Sería venturosa, si mi abuelo fuera así: pero se irrita mucho, y (ahora que no lo oyen) es muy cruel: no se lastima de nada.

Sind. Amada Pamela, llega á mis brazos aprisa para que aquesta tarea

con mayor júbilo siga. abraza á Pam.

Pam. ¿Y mi madre y yo qué haremos?

Sind. Descansar, amada hija, que no son estos trabajos para las dos; no sois dignas de este abatimiento.

Ana. Ah!

quanto, Sindhám, martirizan mi corazon esas voces! Ana fué solo nacida para amarte, y:-- no, Sindhám, no hablemos ya mas de dichas, de timbres, ni de riquezas: mi corazon abomina unos bienes que á su arbitrio la fortuna los disipa.

Yo no puedo ya, ni quiero ocupar la idea mia de otro objeto que Sindhám; Sindhám y su tierna hija serán todo mi placer, mi consuelo y alegría.

pero no puedo sufrir que alivies nuestras desdichas tan á tu costa. Yo quiero mil muertes antes.

Sind. Respira, respira, esposa, y deshecha la piedad con que me miras; guárdame tu corazon, y tu voluntad sencilla, y verás que son dulces á Sindhám estas fatigas.

Ana. ¿Qué es lo que dices? ¿Pues qué crees que es mi alma distinta de la tuya? ¿Mi pasión es acaso menos viva para mirar tus quebrantos y humillacion mas tranquila que tú mis trabajos? ¡Ah! No, Sindhám. Yo me creería indigna de tu amor, si:--

Sind. Calla, esposa, no prosigas, ve y siéntate con Pamela á la sombra de esa encina, que yo á seguir mi tarea vuelvo.

Pam. Padre.

Sind. ¿Qué, hija mia?

Pam. Que no puedo resistir el hambre ya.

Sind. ¿Suerte esquivá!

¿Para esto me hiciste dueño de aquel bien que apetecia?

Ana. En vano Sindhám procura ocultar su pena.

espera, que prontamente comeremos.

Pam. Madre mia mi necesidad es tanta que no puedo resistirla.

Sind. ¿Cómo sus voces no acaban de una vez mi triste vida?

¡Ah cruel Sindhám! ¡Ah padre el mas bárbaro! ¿Tú miras los rigores que á tu esposa y á tu hija misma origina tu culpa, y no te confundes? ¿No caes muerto á su vista de dolor?

Ana.

O gⁿ pudiera ayudarte y hacer menor tu fatiga.

2.º y 3.º ora
Phaces
 Ana. Sindhám querido,
 consuélate, no te aflijas,
 que pues tú por nuestro amor
 á ese ejercicio te humillas,
 nada haré yo en humillarme
 por el tuyo y el de una hija

querida: vuelve al trabajo,
 esposo, con alegría,
 en tanto que mi ternura
 en esas gentes sencillas
 busca un alivio á Pamela.
 Sí, verás que enternécidas
 á mis lágrimas y ruegos
 su necesidad alivian

Sind. Calla, calla, que tú acabas
 de afigir el alma mía.

¿Tú mendigar? ¡Santo Dios!
 ¿Esta clase de desdicha
 reservabais á Sindhám?
 ¿Bella, Bella, aquella hija
 del Milord Darambi (¡Cielos!)
 mendigando? ¡Ah! No permita
 vuestra piedad que yo vea
 su inocencia reducida

harta el
 á extremo.

Ana. Sindhám,
 no es hora ya por mi vida
 de acordar lo que fui, puesto
 que la diferencia miras
 de ayer á hoy. Pensemos solo
 el estado á que impropicia
 la suerte nos traxo, y que
 si solo tu amor me obliga
 á dexar de ser gustosa
 lo que fui, ¿con qué alegría
 no he de ser hoy lo que soy,
 si á mas de tu amor me insta
 el de Pamela? ¿A qué estado
 no descendió tu caricia
 por ella y por mí? ¡Ah Sindhám!
 Tú, que con tan excesiva
 ternura nos amas, sabes
 lo que esta ternura obliga.

Sind. Es verdad: pero:-

Ana. No mas,
 amado esposo, imagina
 que soy tuya, y que soy madre
 de esta desgraciada hija,

que al rigor del hambre se halla
 expuesta á perder la vida
 si no acudo á su remedio;
 y verás con que alegría
 me ves olvidar la sangre
 ilustre y esclarecida
 que heredé, é ir traspasada
 de la congoja mas viva
 por esas chozas, diciendo
 á los que en ellas habitan:
 por Dios pido una limosna,
 mortales, dadmela aprisa,
 que soy madre, y estoy viendo
 espirar de hambre á mi hija.

Vase precipitadamente por la derecha,
llevando á Pamela.

Sind. ¡Oh dolor el mas acerbo
 que padeció el alma mía
 jamas! ¿Cómo no me acabas,
 ya que tanto me contristas?

Sind. ¡Oh muger, la mas amante,
 la mas virtuosa y mas digna
 de la tierra! ¿Qué mal paga
 Sindhám tu sincera y fina
 voluntad, pues no fallece
 al contemplar tus desdichas?
 Pero, pues tú las recibes
 con tal gusto y alegría
 por mi amor, yo por el tuyo
 daré al olvido las mias,
 y viviré solamente
 porque tú quieres que viva;
 que corresponder no puedo
 á tus honestas caricias,
 si no te dedico amante
 corazon, ser, alma y vida.

Sube al monte, cae el telon que
presenta el aposento del Milord; sale
el Baron, y Mauricio con papeles.

Maur. Tomad, señor: todo está
 como mandastais, la firma
 dale un papel.

vuestra falta solamente.
 Bar. Bien, tomad: dad al Escriba
 dale un bolsillo.
 por su trabajo, y quedaos
 vos con aquesta sortija.
 dale una sortija.

Maur.

Maur. Señor:--

Bar. No me desayreis,
que lo siento por mi vida.

Maur. ¡Ah, qué corazon! *vare.*

Bar. A Dios.

Es buen criado, á fé mia,
Mauricio. La compasion
y fidelidad habitan
en su corazon: le quiero,
y á la verdad me lastima
que sirva al Milord. ¡Ay Bella!
Hoy te dirá mi hidalguia
quanto detesta Frons vill
la crueldad, y á ~~los~~ *los*

los hombres que torpemente,
envidiosos de la dicha,
que la muger que ellos aman
á nuevo galan destina,
con zelos, iras y ultrages
quieren mostrar que la estiman.

Mienten: el que ama un objeto,
de proporcionarle cuida
gustos y venturas, nunca
sus menosprecios le incitan
á vengarse. Yo amo á Bella:
¿mas porque otro la consiga,
me han de deleitar á mí
los trabajos y desdichas
que pasan? No, no, jamás,
jamás Frons vill pensaria
tan torpemente. Las Damas
nacen libres, y seria
una injusticia obligarlas
á amar á quien las estima.
Pues si porque las virtudes
de alguna muger me obligan
á amarla, hubiera de amar
ella por fuerza las mias,
diríamos que nacieron
sin eleccion á la dicha
como nosotros, y nunca
obrar con tal tiranía
pudo la naturaleza,
antes, si bien se examina,
parece que concedió
á la muger conocida
superioridad al hombre;
pues con la fuerza expresiva

de su hermosura sujetan
al encanto de su vista
quantos racionales tigres
á sus ojos no se humillan.

Esta escritura:--

*Va á reconocer la escritura, y sale
como despavorido el Milord mirando
á dentro.*

Milord. Espantosa

sombra de una aleve hija,
tente, espera; ¿qué me quieres?
Si yo huyendo de tu vista
iré:-- Pero, ¡ay infelice!

*Va á huir por la derecha, se suspende,
y retrocede.*

Sindhám, aguarda: no aflijas
mi corazon acordando
mi impiedad y tiranía;

pues yo, si:-- Valedme Cielos,

*Quiere partir precipitado por la iz-
quierda, y se suspende.*

que hasta la imagen mas viva
de Pamela se me ofrece,
excitando en su agonía
la ira de Dios contra mí.
¡Qué horror! Ya mi culpa misma
me hace ver la vengadora
espada de su justicia,
que de una invisible mano
á mi pecho dirigida
viene: espera, espera, aguarda,
ten el golpe, ten las iras
un instante: ¡oh culpa! ¡oh sombras:--
¡oh Dios! ¿Mauricio, Cecilia?

Bar. Milord, ¿qué teneis? ¿Qué turba
vuestro espíritu? ¿Qué agita
el ánimo vuestro?

Milord. Nada,

nada; todo me horroriza.

mirando despavorido la scena.

Bar. ¿Por qué dabais tales voces?

¿De qué temblais? ¿Quién contrista
vuestro corazon?

Milord. Dexadme.

Bar. ¿Acaso os entristecia
la memoria de Ana? ¿Qué
vuestra alma ya arrepentida
quiere volverla á su gracia?

D

Milord.

Milord. Callad : ¿á la gracia mia?
 ¡Qué rabia! Si se opusieran
 segunda vez á mi vista
 esos dos aborrecibles
 objetos, fueran mis iras
 seguramente verdugos
 inhumanos de sus vidas.

Bar. Padre el mas bárbaro y fiero
 de quantos á la Divina
 sabiduría debieron
 la honrosa prerogativa
 de padres , ¿qué monstruo horrible
 os ha engendrado? ¿Qué hidra
 infernal os abortó
 para la confusion mia?

¿Qué furia os hizo olvidar
 aquella ternura misma
 con que la naturaleza
 prodigamente benigna
 distingue á un padre del resto
 de los hombres? ¿Así estima
 vuestro error tal distintivo?
 Callad , que ya está corrida
 de haber dado tal caracter
 á un monstruo, con quien la ira
 pudo mas que el mismo amor
 paternal, y su caricia;
 y yo ; corrido tambien
 de oír vuestra tiranía,
 tan templado. Mas con todo,
 porque veáis quanto dista
 vuestro proceder del mio,
 leed este pliego ; él diga
 quien es Frons vill , en oprobio
 vuestro, y vanagloria mia.

vase dexándole en su mano el pliego.

Milord. ¿Posible es que yo sufriese
 la vergonzosa osadía
 con que Frons vill me ha tratado?
 Vive Dios , que esta ignominia:--
 ¿Pero qué papel es este,
 en que dice que se explica
 quien es él?

*Abre y lee. Donacion voluntaria que
 hace Jorge Frons vill , Baron de
 Frons vill y de Breubston , á Ma-
 dama Ana Enrica Darambi , hija
 legítima del Milord Darambi , á sus*

*hijos y sucesores , de una casa de
 campo , libre , que goza dicho Ba-
 ron á quatro millas de Londres,
 con todo el término y cabañas que
 le pertenecen en aquel territorio.*

Representa. ¡Válgame Dios!

Un joven , que con tan fina
 pasión amaba á esa fiera,
 ¿no tan solamente olvida
 el disgusto de perderla,
 si que con tal hidalguía
 trata así de remediar
 sus desgracias? ¡Ah! Él excita
 mi compasión ; ¿mas qué digo,
 compasión? Mi rabia , mi ira.

Sale Maur. Quando quisieréis, podéis,
 señor , poner vuestra firma
 á aquellas cartas.

Milord. Bien : vete,
 déxame.

Maur. No es muy propicia
 la ocasión para rogarle
 por su desgraciada hija.

Me irá. Señor , ablandad
 su corazón este día. *vase.*

Milord. En vano, en vano me esfuerzo
 á resistir las continuas
 súplicas que hace el amor
 á favor de sus desdichas.
 Yo fui cruel ; si , cruel;
 pues castigar debería
 su culpa con mas dulzura,
 viendo que ya no tenia
 remedio. Muy digno soy
 de la amargura excesiva
 con que la naturaleza
 me angustia y me martiriza.
 ¡Ah, noble Baron , qué poco
 conocí yo en este día
 tu virtud! Continuamente
 me avergonzará la misma
 memoria de tus acciones.
 Pero, pues la culpa mia
 conozco , amor á enmendarla
 corramos , porque no digan
 los tiempos , si hacen memoria
 de mi desgraciada hija,
 que la crueldad de un padre

la

la sacrificó á su ira.

Sale Cecil. ¿Qué haceis, tío?

Milord. Nada.

Cecil. Nada. *remedándole.*

¿Qué respuesta tan concisa
y grave? ¿Qué teneis?

Milord. Nada.

Cecil. ¿Pues por qué á vuestra sobrina
poneis tan maldita cara?

¿Tiene la culpa Cecilia
de que sin vuestro permiso
se casase vuestra hija?

¿La busqué yo por ventura
un novio de gerarquía
tan humilde? ¿Tuve yo
de esta infame accion noticia
hasta hoy? Yo:::-

Milord. Calla, calla.

Cecil. ¿Yo aconsejé, por mi vida,
que los echarais de casa,
que quitarais á mi prima
joyas, galas y vestidos,
y que, como mugercilla
ordinaria, la obligarais
á salir hoy fugitiva
de Londres? Supe yo acaso:::-

Milord. Vere, y dexame.

Cecil. Que habiais
de enfadaros de esa suerte,
ni menos que:::-

Milord. Ya me irrita
tu locura, y:::-

Cecil. Solo falta
que venga á pagar Cecilia
lo que otra comió.

Milord. ¿Aun no callas?

Cecil. Si callaré en la hora misma
que me habéis con otra voz
mas dulce, y mas expresiva;
porque no puedo sufrir
que allá os revuelvan las tripas
las locuras de Ana, y que
despicaros este día
queráis conmigo, porque:::-
Pero, tío, ¿es de mi prima
esta carta? ¿Cómo está?
¿Desde dónde viene escrita?
¿Qué dice, á ver?

Sale el Bar. Milord, dadme
ese papel, si por dicha
le habeis leído, que es fuerza
firmarle yo.

Cecil. Buenos dias,

Baron: no porque Sindham
os soplase con malicia
la dama, os pongais tan serio
conmigo.

Bar. Con menos prisa
os responderé despues,
Madama.

Milord. Quanto me irrita
Cecilia con su caracter.
Tomad.

Bar. Con dolor me mira.

Milord. Tomad.

Cecil. ¿Son otros conciertos
nupciales? dadme noticia,
que me holgaré de saberlo.

Bar. No señora: él se contrista.
mirando al Milord.

Milord. ¡Ah Frons vill!

*Da un suspiro mirando á Frons vill,
y parte por la izquierda.*

Bar. Oid, Milord. *quiere seguirle.*

Cecil. Tened, que está aquí Cecilia,
y no es ninguna fregona,
para que sin cortesía
la dexéis con la palabra
en la boca.

Bar. Bien aprisa
volveré.

Cecil. Con no marcharos
os ahorrais esa fatiga.

Bar. Perdonad, que:::-

Cecil. Vos quereis
que riñamos; pues por vida:::-
Pero dexémoslo. Vaya,
¿qué me decís de mi prima,
Baron? ¿Habeis visto afrenta
semejante? ¿No es muy digna
de lo que la está pasando?
Vos, vos, ¿quál os quedaríais
ayer, quando os declaró
todo el misterio sin cifras?
Os aseguro que yo
quedé tan enfurecida

D₂

al

al oirlo:--

Bar. ¿Vos lo oisteis?

Cecil. Toma, y le fuí á dar noticia de todo al tío: si vierais qual se puso os reiriais.

Bar. ¿Y no os confundís ahora de pensar en las desdichas que causasteis á esta casa? ¿Habeis mirado tranquila el grande riesgo en que puso de Ana y de Sindhám las vidas vuestro poco juicio? ¡Ah! Madama, esa acción, indigna de vuestra sangre, os hará odiosa siempre á la vista de Frons vill.

Cecil. ¿Ahora salimos con eso? ¿Quando creia que agradeceriais el veros vengado ya por Cecilia de aquella estupenda pieza, que os jugó astuta la niña, me amenazais?

Bar. Vos, Madama, pensais con poca hidalguia, si he de hablar con claridad. Pero Frons vill os avisa, que si á la debilidad del sexó que os apadrina no atendiera, vuestra lengua hubiera ya en este dia arrancado, porque nunca cometiera igual perfidia. *va á partir.*

Sale Maur. ¡Oh qué júbilo! Señor, mi amo á llamar os envia.

Bar. Voy.

Maur. ¡Pobres jóvenes! Ya calmarán vuestras desdichas. *vase.*

Cecil. ¡Se dará tal desvergüenza! ¡A mí arrancarme (¡qué ira!) la lengua! Estoy por:-- Mas voyme á ver si puedo escondida oir lo que él y mi tío tratan. Vil, reme á Cecilia. *vase.*

Levántase el telon, y se ve una cam-piña dilatada con varias chozas, entre ellas una medio caída, y junto á ella algunas parvas; un riachuelo cruza

desde la derecha á la izquierda, con un puente de tablas: sale por la izquierda Ana, con un lio de ropa, conduciendo á Pamela de la mano.

Ana. Ven, Pamela mia, ven, y mientras tu padre cuida de aliviar tan á su costa nuestras amargas desdichas, procuremos aliviar nosotras las suyas, hija; esta ropa me rogó aquella muger sencilla, que de comer nos ha dado, la lavase; y que la sirva es muy justo. Este es el rio; yo lavaré, y tú, hija mia, lo irás tendiendo.

Pam. No, madre, traiga usted acá por su vida la ropa, y verá qué presto la lavo yo, que aunque niña, estoy mas acostumbrada.

Ana. No, Pamela.

Pam. ¿Pues no mira, madre, que no sabrá hacerlo, como nacida en la rica Corte con tantos criados?

Ana. Ya no soy lo que era, hija. Hereda el pobre trabajos, y hereda el rico delicias. Gocé delicias el tiempo que fuí venturosa y rica; mas hoy, ya que la fortuna me hizo pobre, es bien que admita lo que tocó en suerte al pobre, que son males y desdichas.

Ojalá quien antes supo las mudanzas repentinas de la suerte, me enseñara estas humildes fatigas, porque no las estrañase, si las mudanzas sufria. En fin, de nuevo aprendamos á vivir, pues á otra vida tan diferente pasamos. Pero vosotras que altivas, fiadas en la fortuna, no cabeis en vuestra misma

*soberbia, dexad de estar
tan ciegamente engreidas,
porque son un sueño todos
los placeres y delicias
que gozais, y ay de vosotras
si despertais á otra vida.*

*Am. Madre, no lloreis por eso,
que Dios querrá que algun
sea yo grande, y entonces
os descansaré.*

Ana. Ay querida

*Pamela, que mis trabajos
no son los que el llanto excitan,
sino el ver que por mis culpas
vives tú tan abatida.*

*Pam. Madre mia, siendo pobre
viviré siempre tranquila,
sin temer desgracia alguna,
puesto que si bien se mira,
la mayor, que es el ser pobre,
la tengo toda mi vida.*

*Ana. Es verdad. El corazon ap.
sus discursos me conristan.*

*Pam. Madre, ¿quiere usted que cante
porque tanto no se afi-ja?*

*Ana. Si, Pamela. ¡Ay, Sindhám mio,
qué imagen tan propia y viva
es de tu virtud!*

*Pam. Oid,
y no lloreis, madre mia.*

*Canta Pamela, y Ana se pondrá á
lavar.*

*Música. Quando libertades canta
el alegre ruiñeñor,
llora la incauta perdiz
su inesperada prision.
El ruiñeñor la mira
desde el verde tomillo,
y riendo sus penas
la dice en dulces trinos:
pues reistes ayer ageno mal,
justo es que llores hoy propio dolor.*

*Acaba de cantar, y empieza á tender
la ropa que Ana ha lavado: sale por la
derecha Ricardo, diciendo los primeros
versos, y tras él conducido por unos
labradores Sindhám como muerto, con*

*todo el rostro ensangrentado y la cabe-
za vendada: los labradores hacen lo
que dicen los versos.*

*Ric. ¡Pobre joven! Me entenece
su inesperada desdicha:
conducidle poco á poco, le sacan.
y en esa choza caida
le dexad, mientras que doy
le dexan sobre una parva.
á mi señor la noticia
de este acaso, y... Mas aquella,
si no me engaña la vista,
es la que hace pocas horas
que le llevó la comida
al monte: ella es. Señora,
llegaos aquí. ¡Qué afligida
se pondrá!*

*Ana y Pamela recogen la ropa, y se
vienen á Ricardo.*

*Ana. ¿Qué me mandais,
Señor? ¿Pero qué registran
mis ojos? Sindhám.*

*Ve á Sindhám, corre precipitadamen-
te á él, y Ricardo la detiene.*

*Ric. Teneos,
señora; sé que es precisa
vuestra pena en ocasion
tan funesta é impropicia;
pero advertid que esa pena
dará antes fin á la vida
de ese infeliz, si en sí vuelve
y vuestro tormento mira.
Dispuso el Cielo, señora,
que baxando ahora una encina
desde el monte resvalara,
y cayera de la cima
hasta el llano despeñado,
de modo que aunque con prisa
partimos á socorrerle,
fue ya en vano. La Divina
misericordia tan sola
podrá evitar la desdicha
de su muerte*

Ana. ¡Oh Dios!

*Ric. De nada
puede servir que se aflija
vuestro corazon. Pedid
por él á aquella infinita*

misericordia conceda
á su alma arrepentida
el perdón, y en la morada
de los justos la reciba.
Yo voy á dar al instante
á Vaturmank la noticia
de esta desgracia, y á enviaros
quien en tal trance le asista. *vase.*

Ana. Santo Dios, pues coronar
quisisteis hoy mis desdichas
con la mayor, concededme
fuerzas para resistirla.

Pam. Madre, ¿qué tiene mi padre?
¿le ha hecho esa gente enemiga

llora Ana.

algun mal? ¿no respondeis,
y llorais?

Ana. ¡Ay hija mía!

abrazándola con ternura.

Pam. Usted me entristece, madre.

Ana. Quiso la recta justicia
castigar mi horrendo crimen,
Pamela amada. Me quita
un esposo á mí que era
el centro de mis delicias;
y á tí un padre que te amaba
tiernamente.

Pam. ¡Ah madre!

Ana. ¡Ah hija!

Permanecen algunos instantes consternadas sin separarse, en los cuales Sindhám se incorpora sobre la parva como volviendo de algun letargo; reconoce la scena poco á poco, y al descubrir á Ana y Pamela mira al Cielo enternecido, y quiere levantarse; lo qual advertido por las dos corren precipitadamente á sus brazos con las primeras palabras, y permanecen algunos instante suspensas.

Sind. ¡Buen Dios! Ana.

Ana. Esposo.

Pam. Padre.

Sind. Bella ya ha llegado el día
en que te dexé mi muerte
vengada de las desdichas
que te originó Sindhám.
Ya en vano el valor maquina

resistir estos terribles
instantes de mi partida.

Tú sabes quanto á mis ojos
fuiste amable, y la fatiga
con que te he visto cercada
de penas por causa mia;
ya aún el bien de acompañarte
en la adversidad me quitan
los Cielos. Yo muero, Bella.

Ana. ¡Ah caro Sindhám!

Sind. Alivia

tu dolor fiero, y recibe
este golpe que te envían
los Cielos con un valor,
con una constancia digna
de tu virtud. Al instante

que tus manos compasivas
cierren mis ojos, darás
á tu padre la noticia
de mi muerte. Irás á verle,
y con esa infeliz hija
de nuestro amor, te echarás
á sus pies, y ambas sumisas
implorareis su perdón.

Dile quan arrepentida
viste la alma de Sindhám
de haber causado tu ruina,
y haberle irritado. Dile
que en mi postrer agonía
le rogaba que amparase
vuestras inocentes vidas.

Y tú, amable compañera
de mis ansias, mujer digna
de mejor suerte, perdona
la impiedad, tiranía,
con que te hice conocer
la humillacion mas iniqua.

Ana. Calla, Sindhám, que tus voces
mi corazón martirizan.

mas, y mas. ¿Crees acaso
que Bella te miraría
expirar, sin que espirase
contigo? No, no permitan
los Cielos, amado esposo,
que Bella te sobreviva
un instante. Yo aborrezco
esta existencia: mi vida
es ya de ningua provecho

Ten el mundo.

Sind. ¡Ah! Esa hija:—

Ana. ¿Esta hija? ¿Pues qué amparo la quedará, aunque yo viva, si falta su padre?

Sind. ¡Ah esposa!

tú mismo dolor te inspira unos discursos ajenos de un corazón donde habita la religión. Vive vive, para que ~~en~~ redimas la triste suerte que sigue á esta infeliz hija mia.

Enjuga su tierno llanto, pues que los Cielos me privan á mí de hacerlo. Esto solo te ruega en sus agonias tú Sindhám. Aquel Sindhám que te amó toda su vida con el extremo mas puro, y admitido por la misma virtud, por la religión, y el infortunio. Y tú, hija la mas desgraciada, llega, y recojan tus mejillas el tierno y último llanto que mis ojos te dedican.

La abraza.

Estréchate entre mis brazos un instante que de vida me queda, y el postrer fruto de mis ternuras estima.

Un cúmulo de trabajos te dexa la tiranía de tu padre por herencia, perdónale, amada hija, y su eterna bendición mientras vivieres te siga.

Pam. Yo quiero morir con vos.

Sind. Apártala de mi vista, esposa, que su presencia aun mas que la muerte misma me es cruel. A Dios, á Dios; y pues tan cerca se mira mi última hora, permitid que vuelta ya el alma mia á su Criador, implore el favor que necesita.

A Dios para siempre.

Abraza con ternura á las dos, é inmediatamente Ana se aparta con Pamela algunos pasos ácia la derecha consternada de dolor.

Ana. Ahora penas acabad mi vida.

Sind. Señor, apartad de mí esas imágenes vivas de mi dolor, porque ~~en Vos~~ *1/2 alma* esté solo el alma mia; y pues para hacerla vuestra tolerasteis una indigna y afrentosa muerte, solas vuestras manos la reciban. *muere.*

Ana vuelve los ojos con temor á Sindhám, y al verle caer corre precipitadamente ácia él á tiempo que por la izquierda salen Ricardo y labradores que las detienen hasta su tiempo.

Ana. Sindhám.

Pam. Madre.

Ric. Deteneos, infeliz muger.

Ana. Permita vuestra bondad que yo acabe en sus brazos.

Ricardo. Me contristan sus voces. Ved si ha espirado á los labradores. ese infeliz.

Ana. Hija mia. *reconociendo á Sind.*

Labrad. Ya espiró.

Ric. Descanse en paz.

Pues, señora, el alma impía de Vaturmank ni á mis ruegos, ni á vuestra amarga desdicha se ha demostrado sensible: únicamente os envía esta guinea por paga

la da una moneda.

de lo que en aqueste dia trabajó aqueise infelice; pero cruel os intima, que jamas volvais á verle.

Ana. ¡Ah!

Ric. Señora, no os afija su precepto. Partid todos.

La-

Labradores. ¡Qué lástima!

Ric. Yo quería
conduciros á mi casa
por piedad: mas mi familia
es mucha, y mas mi pobreza.
Sin embargo, mi sencilla
voluntad aliviará
vuestras acerbás fatigas
en quanto pueda,

Ana. El Señor,
por vuestra piedad, bendiga
la casa vuestra

Ric. Y á vos
os consuele en este día.
Pero, señora; pues tanta
virtud resplandece y brilla
en vos, esta es ocasion
muy propia de refundirla
y acrisolarla, abrazando
con una entereza digna
y christiana el golpe atroz
que su Magestad envia.
Padre es de todos: él hoy
templará vuestras desdichas.

Ana. Ah, señor, quanto conmigo
vuestra bondad sentiria,
si supierais una parte
de mis desgracias.

Ric. Consigan
mis ruegos que todas ellas
las confieis este día
á una alma que tiernamente
os ayudará a sentirlas.

Ana. Si haré: mas antes quisiera
escribir esta noticia
infausta á mi amado padre

Ric. ¿Le teneis?

Ana. ¡Ah!

Ric. ¿Dónde habita?

Ana. En Londres.

Ric. ¿Cómo se llama?

Ana. Permitid que no os lo diga,
señor, hasta que sepais
despues todas mis desdichas.
Yo le escribiré: vos luego
buscareis quien en su misma
mano le entregue mi carta
pagándole su fatiga

con esta guinea.

Ric. Yo,
yo mismo en aqueste día
se la llevaré: esperad,
mientras me llego á la Quinta
por tintero y papel.

Ana. Sí.
y mi ternura os suplica *al oído.*
lleveis con vos á Pamela,
porque tanto no me aflija.

Ric. ¡Pobre joven! Si haré. Ven,
ven conmigo, Pamelita,
te daré de merendar.

Pam. ¿Y mi madre?

Ana. Aquí, hija mia,
te espero.

Pam. No me dexéis,
si deseais que yo viva.
vase con Ricardo.

Ana. Ahora, ahora pesares
es ocasion propicia
de que exerzais unidos
en mí vuestra impiedad y tirania.

no Ahora que mi alma
tan postrada se mira,
podrán vuestros rigores
á vuestro imperio bárbaro rendirla.

? Ahora que yo propia
aborrezco mi vida,
podreis lograr el triunfo
que quando yo la amaba apeteciais.

No, no os durmais, pesares,
venid, matadme aprisa;
que, pues murió mi dueño,
vivir no puede quien por él vivia.

no Cielo inhumano, Cielo,
que de mi bien me privas,
vuélvemele, ó acaba *(tenia.*
tambien el bien, que por mi bien
Ojos tristes, que un tiempo
visteis con alegría
la luz del Sol, huid de ella,
pues os faltó la luz con que veiais.
Corazon, tú que fino
quisistes algun dia,
aborrécelo todo,
pues te faltó el objeto que querias.

ca-

2.º 3.º Ba. 2.º 2.º 2.º y 2.º
Criados
Camina llorosa á Sindhán, y se sienta
junto á él.

Y tú, joven amable,
que fuiste mi delicia
el venturoso tiempo
que enamorado y fiel te poseía;
tú que sacrificaste
esa preciosa vida
al odio de un tirano, (hija,
y al amor de una esposa, y una
admite en recompensa
de tu fineza digna
las lágrimas acerbadas
con que riegan mis ojos tus cenizas.
Recibe los suspiros
que el corazón te envía,
mientras quiere mi pena. (mia.
que acompañe á la tuya el alma
Ase las manos y se las besa con ter-

En estas yertas manos
con que veces distintas
me mostrabas un tiempo
aquella fe y amor que me tenías.
En estas mismas manos,
que yo besar solía
con la mas pura llama (ayiva),
que amonenciende, y la virtud
te juro, esposo, que antes
criará el Cielo espigas,
y el campo estrellas puras,
que se vean sin llanto mis mejillas;
antes incendios vivos
darán las aguas frias,
y del piélago inmenso
serán contadas las arenas mismas
que el placer en mi alma
halle grata acogida,
ni de mi pecho falten
el amor, el dolor y la fatiga.
Y si aun así no se halla
tu fe correspondida,
pagada tu fineza,
y satisfecha tu pasión activa,
desde el celeste Alcazar,
donde tu alma habita,
sal á ver la amargura
con que una esposa que te amó se

Sal á ver (¡oh Pamela!)
como (á Dios amada hija.)
sobre tu helado cuerpo
el mismo amor acaba ya mi vida.
Dexa caer el rostro sobre el pecho de
Sindhán como muerta, y por la iz-
quierda sale Pamela con tintero
y papel.

Pam. Madre, madre. ¿Si se habrá
quedado ahora dormida?

Se va obscureciendo el teatro.

Voy á verlo. O padre mio,
se llega á Ana.

¡y qué poco vuestra hija
os conoció! ¡Ah! Si vivierais
¡con qué extremo os amaría!
¿Si la despertaré? No,
que es fuerza que esté rendida.
Pero el miedo no me dexa
estar sola. Madre mia.

La coge la mano.

¡Qué helada está! Madre, madre.

No responde: si dormida
estuviera, despertara
á mis voces. ¡Qué desdicha!
¿si se habrá muerto? Dios mio, no
hincase de rodillas, y plegando las
manos, dice, mirando al Cielo.
dad á mis padres la vida,
ó matadme á mí también.

Salen por la izquierda precipitadamente
Ricardo, Milord, el Baron, Ceo-
lia, Mauricio, y Criados.

Ric. Señores, llegad aprisa,
que aquí han de estar.
Como asustada, y sin saber donde
esconderse.

Pam. ¡Ay de mí!
Milord. ¿Dónde, dónde está mi hija,
Ricardo? ¿Pero qué veo?
Pamela, Pamela mia,
¿dónde está tu madre?

Pam. Veisla
allí muerta en compañía
de mi padre.
Milord. Calla, calla,
que tú mi dolor duplicas.

E

¡Ana

¡Ana muerta! Cielo santo,
hora es ya que vuestras iras
confundan á este inhumano
verdugo de sus dos vidas.

Fronsvill, Mauricio, romped,
romped con vuestras cuchillas
mi pecho, para que lave
la inhumana sangre mia
mi culpa atroz. Sí, matadme,
sed piadosos este día
conmigo.

Bar. Milord.

Maur. Señor:-

Milord. Matadme, sí, y las desdichas
que causé á estos inocentes
pague al menos con mi vida.

Bar. Templaos, Milord, que tal vez
no habrá muerto todavía
Bella.

Milord. Bella ha muerto, sí;
mis sentimientos lo afirman.

Castigó el Cielo mi culpa
negándome la alegría
de verla, y de recoger
sus últimas agonias
en mi seno. Oh Cielo! Oh noche

la mas horrible é impropia
para mí! ¡Ay Ana! Oh Pamela!

Llegase á abrazar á Pamela, y ésta
se retira medrosa.

Pam. ¿Qué, después que vuestras iras
dieron la muerte á mi padre
y á mi madre, pretendiais
que yo os abrazara? No,
no lo penséis: temería
con razon que me alhagabais
para matarme.

Milord. Oh querida

Pamela, quan digno soy
de este oprobio! tu sencilla
reconvencion me es cruel
aun mas que mi culpa misma.
Tú cubres mi corazon

de rubor, y tú me obligas
á que ya desesperado
huya de la compañía
de los hombres, y entre fieras
inhumanamente viva,

pues fiera fuí. queriendo partir.

Bar. No, Milord,
teneos: vuestra excesiva
pena, ¿pero qué diviso?

Ana va volviendo en sí, el Milord y
Pamela quieren arrojarle á ella: el Ba-
ron detiene á aquel, y Mauricio
á esta.

Bar. y Maur. Deteneos.

Pam. Madre.

Milord. Hija.

Ana. Ay de mí!

Ricard. Yo estoy absorto.

Cecil. Yo me siento enternecida.

Milord. Hija amada.

Pam. Madre.

Bar. Bella.

Maur. Señora.

Cecil. Yo lleigo. Prima.

Ana. ¡Oh Cielo! ¡Oh piadoso Cielo!
¡Oh padre!

Milord. Sí, hija querida,
tu padre soy, aquel padre
que con tanta tiranía
buscó tu muerte, es el mismo
que hoy arrepentido miras.

Ana. ¡Ah dulce padre! Pues quiso
mi suerte darme la dicha
de morir en vuestros brazos,
dignaos por vuestra vida
de perdonar á esta tierna
y desventurada hija
de mi culpa.

Milord. ¿Qué pronuncias,
Bella infeliz? No prosigas.
Yo soy el que tu perdon
imploro aquí de rodillas:
concédemele.

El Milord se echa á los pies de Ana, y
ésta quiere detenerle.

Ana. ¿Qué haceis?

¡Ah! Mi situación me quita
abrazar hoy vuestros pies,
padre: mas llegad aprisa
á mis amorosos brazos,
para que con alegría
espere en ellos. Los males
que padeció el alma mia

castigaron las ofensas
que os hice, y así consigan
mis lágrimas que al sepulcro
vuestra bendicion me siga.

Milord. La mia, y la de aquel Dios
que ha de juzgarnos un dia,
caygan sobre tí.

Ana. Ya Padre

muerdo gozosa y tranquila.

Eronsvill, alma la mas bella,
la mas virtuosa y digna
de Inglaterra, buen Mauricio,
piadoso Ricardo, prima,
y tú, pedazo el mas tierno
de mi corazon, arrima

abrazá á Pamela con ternura, y los
demás hacen extremos de pena.

estréchate entre los brazos
de una madre cuya vida
va á acabar. Tu digno abuelo

(pues mi amor se lo suplica)
cuidará de tí; y Dios mismo
te concederá mas dichas

que á mí si tu corazon
conservas sin la mancha

de la culpa. A Dios, Pamela.

A Dios, padre. A Dios, Cecilia.
Yo muerdo. ¡Oh Sindhám! Rogad
por mí al Señor.

Pam. Madre.

Milord. Hija.

Bar. ¡Triste scena!

Maur. ¡Qué dolor!

Cecil. Pues yo causé vuestra ruina,
eternamente la debe
llorar mi alma arrepentida.

Bar. ¡Ah Bárbaro Vatumank;
¡Ah tio! Vuestra codicia
castigaré; pues fue causa
tal vez de aquesta desdicha.
¡Ah Madama! Veis:-

Cecil. Mis ojos
mi eterno dolor os digan.

Bar. Tarde es ya.

Milord. ¡Oh Sindhám! ¡Oh Bella!

Bar. Una fortaleza digna
de la alma vuestra es tan solo
lo que mostrar deberiais.
Con ella redimireis
quanto vuestra tirania
hasta aquí ha errado.

Milord. ¡Ay Eronsvill!

¡Qué tarde vi mi perfidia!

Pero pues la vi tan tarde,
vamos á enmendarla aprisa.

Todas aquestas cabañas

á Mauricio.

compra al punto, y de orden mia
se haga un Hospital. El centro
que ocupan Sindhám y mi hija
ocuparán las estatuas
de los dos, que al mundo digan
su desgracia, y los efectos
de mi alma arrepentida:

satisfaga en algún modo
quantas acerbias desdichas
les causé, mientras mi llanto
da un breve fin á mi vida.

Y tú, inocente Pamela,
pues mi crueldad te quita
tan dignos padres, encuentra
su pérdida en mis caricias:
quanto tengo es tuyo.

Bar. Y ya

que no pudo la hidalguia
da la escritura al Milord.

de esta donacion servir
de remedio á la desdicha
de dos infelices, hoy
de aumentar tu herencia sirva.

Milord. Ved que:-

Bar. Hacedme esta merced,
Milord, y vamos aprisa
de aquí.

Milord. Vamos, y pues que
tenemos tan á la vista
de las víctimas de amor
el fin funesto, consigan

Todos. Sus defectos el perdon,
é indulto nuestra fatiga.

ADVERTENCIAS AL LECTOR.

EL presente drama, ya sea cómico en todas sus partes, como creo, ó ya trágico, como quieren algunos, por hallar en él una catástrofe lastimosa, es pensamiento de una Novela Inglesa, nada desfigurado por la parte episódica de la composicion. He procurado proponer diversos caracteres de nobleza, de virtud, de crueldad y baxeza, sosteniéndolos lo posible á pesar de las diversas situaciones en que se presentan. Su regular entable, sus sentimientos, el contraste de pasiones vehementes y la ternura del asunto son interesantes: la accion es una sola, aunque acompañada de varios accidentes. El lugar de la Scena se extiende á Londres y sus cercanias, ensanche que dió, y aun ha seguido en muchas de sus composiciones la religiosidad de nuestros preceptistas Franceses. Solo la unidad del tiempo padece alguna violencia por la precipitacion de la catástrofe; pero el que conozca nuestros teatros, y sepa que mas se escribió este drama para un público espectador que para un sabio escrupuloso, disculpará esta y otras faltas en que haya incurrido.

Atore.

3

El Milord Darambi p.^e de. Sr. Graf. Perez.
etna Toben Inglesa casada con. Sr. And. Luna.
Sondham. criado del Milord. Sr. Juan Comateo
Pamela hija de este. Sr. Maria Lledot
El Baron de Krossvill. Sr. Jose Adriani.
Secidia prima de etnas. Sr. Teresa Luna.
Mauricio secretario del Milord. Sr. Tomas Lopez.
Ricardo e Mayoral de una quinta. Sr. Justo Mas.
Un criado del Milord. Sr. Antonio Llanos
Otro criado de la quinta
Zagales y criados del Milord.

Torn. 1.^a Theatro

Salon con p.ta la Dra
Salon largo
Salon con p.ta
Salon con e. Mera.

Torn. 2.^a

Salon con p.ta
Salon largo

Torn. 3.^a

Montes practicables con arboles q.^e se puedan
cortar, cabañas, y un tronco capaz de trasportarse.
Salon
Selva larga con chozas, una medio caida,
funto a ella unas parbas, un rio de dra. a izq. con
punte de tablas y asu orilla ramas en q.^e tender.

Señor

El Secretario.

su obligacion.

Lo que participo á Vm. para que se sirva asistir como es de

de 178 á las

mañana del corriente mes de de este presente año

La Congregacion del Santo Rosario Cantado de nuestra Señora de la NOVENA, sita en la calle de Jesus y Maria de esta Villa de Madrid, propia de los Representantes del Reyno, tiene

AVE MARIA PURISIMA.

CEDULA PARA AVISAR A

CEDULA PARA AVISAR A

AVE MARIA PURISIMA.

La Congregacion del Santo Rosario Cantado de nuestra Señora de la NOVENA, sita en la calle de Jesus y Maria de esta Villa de Madrid, propia de los Representantes del Reyno, tiene

mañana del corriente mes de de este presente año de 178 á las

Lo que participo á Vm. para que se sirva asistir como es de su obligacion.

El Secretario.

Señor